

An abstract painting with a yellow and red background, featuring dark, expressive brushstrokes in black, white, and purple. The painting is framed by a red border with a white grid pattern.

FERNANDO SAVATER

CHARLA MAGISTRAL

Antropología de la
Libertad



EDITORIAL UPC



FERNANDO SAVATER

CHARLA MAGISTRAL

ANTROPOLOGÍA DE LA LIBERTAD

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

Lima, agosto de 2006

©Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

Cubierta: Luz Negib

Corrección de estilo: Carmen Mesinas

Edición: Úrsula Freundt-Thurne

Diseño de cubierta: Jorge Chávez

Diagramación: Giuliana Abucci

Primera edición: Diciembre de 2001

Versión ebook: Febrero de 2019

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
Centro de Información

Savater, Fernando. Charla Magistral. Antropología de la libertad.

Úrsula Freundt-Thurne (ed.). Lima:

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), 2006

ISBN (versión impresa): 9972-228-09-6

ISBN (versión PDF): 978-612-318-197-0

ISBN (versión EPUB): 978-612-318-198-7

LIBERTAD, FILOSOFÍA, ANTROPOLOGÍA
FILOSÓFICA, CONFERENCIAS
123.5 SAVA

Esta publicación es de acceso libre a través de la web:

<http://repositorioacademico.upc.edu.pe>

Este libro reproduce la Charla Magistral dictada en Lima por Fernando Savater, con motivo del otorgamiento de la distinción universitaria de Profesor Honorario de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). La charla se dio en noviembre de 2005.

Luz que madura hasta ser cuerpo

Acrílico sobre tela

157 x 342 cm

1997

Colección particular de la Serie Icarus

*La Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
(UPC) agradece a Luz Negib la cesión de su cuadro
reproducido en la carátula.*

Palabras del Rector

Señor Don Fernando Savater, Profesor Honorario de la
Universidad,
Señoras Vicerrectoras,
Señor Director de la Escuela de Posgrado,
Señores Decanos,
Señores Directores de Carrera y Área,
Señores Alumnos,
Señoras y señores invitados:

La Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) recibe hoy como Profesor Honorario a uno de los exponentes más definidos y brillantes de la intelectualidad contemporánea, D. Fernando Savater.

Esta investidura responde a la iniciativa del Área de Humanidades, que tiene a la Ética y la Ciudadanía como uno de los ejes temáticos más relevantes de su actividad académica. Actividad, por cierto, fundamental y extensa dentro del quehacer universitario.

En Fernando Savater concurren —podríamos decirlo así— diversas personalidades, cada una más interesante que las otras. Una primera es la del profesor universitario con una trayectoria tan extensa como fecunda. Él ha ejercido la docencia en la Universidad Autónoma de Madrid, en la Universidad de Educación a Distancia, así como en la Universidad del País Vasco, y en la última década la ejerce precisamente donde se formó, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, de Madrid.

Pese a haber pasado en la Universidad 30 años de su vida, él considera que ha sido “una especie de espía de otro tipo de ejército dentro del mundo de la academia, del

rigor y de la transmisión seria de los conocimientos”, (aunque) después de tantos años de estar haciendo esa labor de espionaje, en buena medida se considera ya “parte de los espíados”.

Recibimos, pues, como Profesor Honorario y con mucha satisfacción a este colega y amigable espía de nuestro común quehacer.

Pero, además, el desempeño académico de Fernando Savater ha estado estrechamente vinculado a una importante y constante tarea de construcción intelectual. Ella se ha traducido en medio centenar de libros que han merecido una vasta difusión y numerosos reconocimientos, dentro de los que cabe destacar el Premio Nacional de Ensayo, el Premio Anagrama, el Premio Ortega y Gasset de Periodismo y el Premio Fernando Abril Martorell.

Su tarea académica se ha desenvuelto en torno a lo que quizás sea un núcleo central de su preocupación vital, el tema de la ética. La ética no es para Savater un planteamiento abstracto sino una propuesta muy aterrizada en la realidad del hombre de nuestros días. Y hay tres notas que caracterizan la construcción conceptual de Savater sobre la ética, que es oportuno resaltar. Son, del alguna forma, tres familiarizaciones de la ética las que me permitiría destacar hoy.

En primer término, la relación estrecha que establece entre ella y la vida cotidiana. La ética, entendida como una forma de saber vivir —o, como dice él, “el arte de vivir”—, nos recuerda “la convicción de que no todo vale por igual, de que hay razones para preferir un tipo de actuación a otro”. En este campo se sitúan sus libros

didácticos *Ética para Amador* (traducido a una veintena de idiomas) y *Política para Amador*, donde invita a probar lo que él llama “un aperitivo que (abra) el apetito para continuar luego leyendo (otras) obras”. La familiarización de la ética con la vida cotidiana es, probablemente, el mayor aporte de Savater en la formación de las conciencias y conductas de sus lectores, jóvenes —*como su hijo Amador*—y adultos—*como la infinidad de sus seguidores*—.

En segundo lugar, estaría la familiarización de la ética con la educación. Para Savater la educación ética “son partes imprescindibles de cualquier formación humana”. “La educación—dice nuestro flamante Profesor Honorario— es la única forma que hay de liberar a los hombres del destino, es la antifatalidad por excelencia, lo que se opone a que el hijo del pobre tenga que ser siempre pobre; a que el hijo del ignorante tenga que ser siempre ignorante; la educación es la lucha contra la fatalidad (...) contra (ese) destino, que no hace más que repetir las miserias, las esclavitudes, las tiranías, etc.” De allí que proclame la necesidad de “educar para la ética, (pues) educar es ya, en sí, una labor ética, emancipadora”.

En tercer lugar, encontraríamos la familiarización de la ética con la formación de la ciudadanía. “No se puede formar solamente a las personas desde el punto de vista laboral; formarles para que sepan apretar botones o para que cumplan funciones más o menos gestoras, sin haberles formado la capacidad de convivencia y ciudadanía, que no surge naturalmente de las personas. Los demócratas no surgen de las piedras naturalmente, como las flores silvestres; hay que cultivarlos”, nos recuerda Savater.

¿En qué consiste, para Savater, la formación de la ciudadanía? “En primer lugar, (en) formar la capacidad de autonomía, (...) de iniciativa propia, de responsabilizarse para bien o para mal de lo que hacen. (...) En segundo lugar, (en) formar personas capaces de cooperar con los demás (...para no estar) totalmente negado para lo que la vida contemporánea va a exigir. (Y, finalmente, en) despertar la capacidad o la vocación de participar en la vida pública (pues) la diferencia entre una democracia y un autoritarismo es que en la democracia somos políticos todos. (...) y no hay más remedio que serlo. Lo fastidioso de las democracias es que nos obligan a tener que preocuparnos siempre por la cuestión política, y para eso hay que aprender a participar en la gestión pública de las cosas; no a dejarlas en las manos de los (demás)”.

Para él, “los humanos no estamos condenados a la sociedad sino condenados a vivir entre semejantes. Los semejantes son más importantes que el hecho mismo de la sociedad, y es más importante que nuestros maestros sean semejantes nuestros, que cualquier cosa que nos enseñen; es más importante que el maestro sea un ser humano. Enseña más el maestro al educar su humanidad que al instruir cualquier otra cosa que enseñe; esto es lo que creo que hay que introducir cuando se habla de ética”.

Recibimos, pues, también entre nosotros a ese honroso semejante nuestro que nos educa éticamente con su humanidad plena y desbordante, y que se ha propuesto enseñarnos a buscar caminos mejores que los que se nos presentan por delante.

La tarea intelectual de Savater no se confina a los límites de los tratados académicos. También ha incursionado con audacia y con éxito en los campos de la literatura, a través de la novela y de escritos para jóvenes. Es más, tampoco se limita al trabajo de la escritura. Ha incursionado en otros terrenos, como el teatro, y en otros medios de comunicación como la televisión. De esas presentaciones, donde cambiada ideas con otras personalidades invitadas, resultó un libro (*Los Diez Mandamientos en el Siglo XXI*) en el que simula dialogar con Dios, y que fue seguido por otro (*Los siete pecados capitales*) en el que discute nada menos que con Lucifer.

Asimismo, su docencia es ejercida a través de conversación—Savater es un conversador extraordinario—y de la entrevista, donde alcanza niveles, insuperables pues, así como se habla del arte de entrevistar, podríamos también hablar del arte de ser entrevistado, en el que muestra ser, también, un maestro.

Recibimos, pues, entre nosotros hoy también al Savater narrador, al Savater multimediático, al Savater conversador.

Pero recibimos también a alguien que, en la historia contemporánea de su país, ha alcanzado el reconocimiento como referente ciudadano. Fernando Savater nació en San Sebastián, capital de Guipúzcoa, provincia del País Vasco. Es, pues, un donostiarra que, si la fatalidad existiese, bien hubiera podido ser arrastrado por la corriente nacionalista extrema aparecida en esas queridas tierras vascas.

Pero Fernando Savater no es de esos hombres que se dejan llevar por las corrientes, ni de aquellos que limitan sus horizontes a una visión reducida por un nacionalismo que, para Savater, es la “ideología sin ideas”.

En efecto, el nacionalismo plantea en el mundo de nuestros días una de las más grandes contradicciones. Cuando las comunicaciones entre los países se multiplican y las oportunidades de relaciones entre las personas y las sociedades crecen con velocidad exponencial, la postulación de los nacionalismos reduccionistas es, por decir lo menos, un empeño regresivo. Subrayar las identidades nacionalistas frente a la universalización de los escenarios es en muchos sentidos una regresión histórica.

Savater se rehúsa a sostener los planteamientos decimonónicos de un nacionalismo fundamentalista. Es uno de sus libros pone en boca de uno de los personajes las siguientes frases: “¿Extranjeros? (...) ¿Qué quiere decir eso? Los seres humanos nunca somos extranjeros unos para otros. (...) Lo importante no es aquello en que los hombres somos diferentes, sino lo que nos hace semejantes. (...) Me ha pasado la vida padeciendo a los que no ven más que diferencias que separan en lugar de razones para vivir juntos”.

La tragedia de un país donde priman excluyentes, se agrava cuando ellos quieren imponerse sobre la base del terror, de muertes y de sangre. Cuando arremetieron las acciones de la organización terrorista vasca en secuestros y asesinatos, y cuando algunos silenciaron las respuestas, Fernando Savater cumplió un papel protagónico en la materialización de la iniciativa ciudadana denominada “¡Basta ya!”. Poniendo en juego su vida, y traduciendo la

enseñanza de sus palabras en la acción concreta, logró una movilización de actitudes y voluntades que trajo cabalmente la dignidad de los ciudadanos del País Vasco que no se resignaban a seguir el libreto que otros habían escrito. De allí que, encabezando el capítulo del libro donde cuenta esa parte de su historia personal, reproduzca la frase de Mowgli, el personaje infantil de Rudyard Kipling que al perder a sus padres pasa a formar parte de una familia de lobos y se dirige así a ellos: “Pueblo libre: ¿Desde cuándo Shere Kahn (el tigre) dirige la manada? ¿Por qué tenemos que aceptar la jefatura del miedo? ¿Noes hemos vuelto todos unos míseros chacaes para tener que rendir pleitesía a este carnicero despreciable? ¡La jefatura de la manada reside en sus propios miembros!

La plataforma cívica de ¡Basta ya! Ha merecido el Premio Sajarov del Parlamento Europeo a la defensa de los derechos humanos, y merece el reconocimiento general del mundo civilizado que defiende la libertad.

Bienvenido, pues, al claustro de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC) el Fernando Savater docente universitario, el Fernando Savater académico e intelectual, el Fernando Savater narrador y conversador, el Fernando Savater ciudadano ético, digno y ejemplar. Esta Casa de Estudios se siente muy honrada—y muy orgullosa—al contarlo como uno de sus miembros.

Luis Bustamente Belaunde
Rector de la Universidad Peruana
de Ciencias Aplicadas (UPC)

Presentación

Podemos hacer un recorrido por la vida de Fernando Savater a través de su obra: *Mira por dónde. Autobiografía razonada*. Sabemos que nació en 1947 en San Sebastián, en donde vivió una infancia feliz, en especial en la playa de la Concha. Que siempre estuvo muy agradecido a su padre, notario de profesión, y que amó mucho a su madre, a la que escribió una carta ficticia, muy tierna, en un momento en que ella era ya incapaz de leerla. Sabemos también que a los 13 años se trasladó con su familia a Madrid, donde siguió estudiando y gozando de lugares sagrados: la casa de las fieras del Retiro y el hipódromo de La Zarzuela. Nos cuenta cómo se despide de Dios, cómo termina sus estudios de Filosofía en la Universidad Central y cómo, posteriormente, fue catedrático en la Universidad Autónoma, ambas en Madrid. También que admira a Spinoza, Schopenhauer, Russell y Nietzsche. Sabemos que durante el franquismo fue detenido y preso en Caravanchel. Que su primera lectura en inglés, que tuvo que hacerla con un diccionario al lado, fue *El señor de los anillos de Tolkien*; nos muestra su admiración por Harry Potter y J.K. Rowling, según dice mezcla de Tolkien y Agatha Christie. Además, nos habla de sus tristes historias de amor, de su matrimonio fracasado y de su gran amor por su hijo Amador. Nos revela cómo la muerte de Franco significó para él el inicio de la mejor época para la construcción de las libertades en España. Cómo se dedica a ejercer el ensayismo periodístico, especialmente en *El País*. S explícito al describir cómo lucha contra todo nacionalismo extremo. Termina con un capítulo dedicado a “Pelo cohete”, su ¿última? Pareja sentimental, a la que revela amar como al Concorde a punto de despegar y detrás de quien va a su lento paso, ya

que, como sabemos, la única gimnasia que practica Savater es la mental.

En una reciente entrevista para *La opinión*, de Canarias, al preguntársele a Savater sobre su militancia activa en las plataformas sociales, contestó: “Bueno, yo no soy como Platón que decía que era necesario que mandaran los filósofos. Malo es que manden los políticos, pero si mandasen los filósofos, por lo que yo conozco, sería un desastre. Lo que pienso es que, a veces, es la ciudadanía la que está aliada a la Filosofía. No hay que olvidar la Democracia y Filosofía nacen a la vez. La Democracia es una forma de organización social en la cual todo el mundo gestiona lo colectivo y la Filosofía es, igual, una forma de pensamiento en la que no hay que someterse a tradiciones, a dogmas, sino que cada uno busca por sí mismo. Es importante que los ciudadanos tengan una cierta práctica con la Filosofía para el funcionamiento de la Democracia”¹.

De ahí que este filósofo haya tratado, y conseguido, por supuesto, llevar la Filosofía al campo de lo cotidiano. ¿Quién sino puede darse el lujo de tener un libro de Filosofía catalogado como bestseller? Me refiero a *Ética para Amador*. Este libro, escrito en 1991, lleva el nombre de su hijo Amador, quien por ese entonces tenía 16 años. Según las palabras del autor, “Este libro no es más que eso, solo un libro...ha sido pensado y escrito para que puedan leerlo los adolescentes, probablemente enseñará muy pocas cosas a sus maestros. Su objetivo no es fabricar ciudadanos bienpensantes (ni mucho menos

¹ <http://www.la-opinion.com/secciones/noticias.jsp?pIdNoticia=42122&pIdSeccion=8>

malpensados) sino estimular el desarrollo de librepensadores”².

Y esta cita me lleva a otro tema muy importante en el pensamiento y en los escritos de Savater: la libertad. Para Savater es el asunto del que se ocupa la ética. Nadie puede ser libre en nuestro lugar, es decir, nadie puede dispensarnos de elegir. Al igual que Sartre, Savater piensa que estamos condenados a ser libres, es algo de lo cual no podemos escapar y es justamente esta capacidad de pensar en nuestras propias acciones y decisiones la que nos diferencia de los demás seres vivos y nos hace superiores. Para Savater, la libertad es elegir siempre lo que uno quiere, entonces no estamos ante la libertad sino ante la omnipotencia.

Además la libertad es imprescindible para establecer responsabilidad, porque sin responsabilidad no se puede articular la convivencia en ningún tipo de sociedad.

La obra de Savater incluye casi todos los géneros. Ha incursionado en la literatura escribiendo novelas como *Caronte aguarda*, *El libro de Job*, en 2001 publica una novela, *A caballo entre milenios*, bajo la apariencia de un libro de aventura y viajes producto de un año de recorrido por los principales hipódromos del mundo, pero que realmente es una novela de reflexión sobre la naturaleza humana y las circunstancias que rodean la vida política y social de nuestros tiempos. Por último, *El gran laberinto*, libro publicado recientemente, en el que Savater aprovecha los recursos de la cultura de masas

² Savater, Fernando. *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel, 1991:10

para llegar a los jóvenes a través del juego y la intriga literaria.

En drama, ha publicado *Juliano en Eleusis*; *Vente a Sinapia*; *El último desembarco*; *Guerrero en casa*; *El campo de la verdad*; *Catón, un republicano contra el César*; muchas de ellas puestas en escena.

Sus ensayos son filosóficos, políticos, literarios y narrativos. Entre los principales se encuentran *Ensayo sobre Cioran*, su tesis doctoral en Filosofía por la Universidad Central, que no llegó a leer al ser acusado de querer ridiculizar a la institución universitaria, pero que después publicara en 1992; *El contenido de la felicidad*; *Misterios gozosos*; *La voluntad disculpada*; *El valor de educar*; *Las preguntas de la vida: Invitación a la ética*; *Política para Amador*; otro atípico bestseller; *Manifiesto por la paz*; *El jardín de las dudas*; *Mira por dónde*. *Autobiografía razonada*, sobre la cual comenta Cristina Null en “Fernando Savater: autobiografía como filosofía”; “Vivir es una extraña suerte. Poder contarlo, lo han hecho muchos. Hacerlo con inteligencia, es toda una excepción.” Por último: *Los diez mandamientos del siglo XXI*, versión editorial de una serie de televisión en la que Savater sirvió de hilo conductor con otros interlocutores.

Es un escritor prolífico, casi no hay género en el que no haya incursionado. Pero, a decir de él mismo ante la pregunta “¿Cuál es el libro que nunca escribiría?” que se le formulara en los encuentros digitales de *El mundo*, su respuesta fue: “Procuraré no escribir ningún libro póstumo”.

Así como sus obras, son numerosos los premios que Fernando Savater ha recibido a lo largo de su, aún, no tan

larga vida. En 1978 recibió el Premio Mundo de Ensayo. A este le ha seguido, prácticamente, uno por año, Premio Nacional de Literatura, Premio Anagrama de Ensayo, Premio Nacional de Ensayo, Premio Pablo Iglesias sección Ciencias Sociales, Premio Injure de Medios de Comunicación, Diploma de la Tolerancia, Premio Francisco de Cerecedo, Primer Premio de la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, Premio Euskadi de Plata, Premio Continente de Periodismo, Premio Ortega y Gasset de Periodismo, Premio Sarajov, Premio Fernando Abril Martorell, Finalista en el Premio Planeta entre otros.

Mención especial debe recibir su sensibilidad por el problema vasco, por lo que no nos debe llamar la atención su participación activa y valiente en la vida presente y futura del País Vasco. Es un activo manifestante en contra del nacionalismo radical vasco y también en contra de la pasividad civil frente a la violencia terrorista. Por eso es que en *Los diez mandamientos en el siglo XXI* tiene frases tan fuertes y contundentes como “No se puede respetar las ideas totalitarias, xenofóbicas, racistas, excluyentes, que violen los elementales derechos humanos (...) ¿Qué respeto merecen las ideas tras las que se parapetan los terroristas de distintos signos? ¿Cómo dejar de repudiar el asesinato, las bombas a mansalva que reivindican los nacionalismos excluyentes?”³

Por esto es que Savater, en relación a este tema, es admirado por muchos y odiado por otros. Así como en 1990 el Diploma a la Tolerancia, otorgado por una

³ Savater, Fernando. *Mira por dónde. Autobiografía razonada.* Buenos Aires: Taurus, 2004:26

institución del País Vasco, también ha recibido numerosas amenazas de muerte por parte de la ETA.

Lo que hace Savater, como buen filósofo, es invitarnos a pensar. No nos proporciona recetas ni nos dice lo que tenemos que hacer. Nos propone mirar en nuestro interior y descubrir aquello que nos conviene para lograr la felicidad (aunque ahora nos diga que se ha vuelto más modesto y que prefiere hablar de la frágil alegría y ya no de la imponente felicidad).

Por eso resulta una invitación a la introspección su siguiente frase: “Es mejor saber después de haber pensado y discutido, que aceptar los saberes que nadie discute para no tener que pensar”.

El Área de Humanidades de la UPC se siente especialmente agradecida a Fernando Savater por haber aceptado ser su Profesor Honorario. Son muchas las obras de Fernando Savater que nos han invitado a reflexionar sobre la importancia de la ética y la política en la vida de las personas, pero hay dos de ellas que, de forma especial, nos han inspirado en la Universidad no solo a seguir pensando críticamente sobre temas éticos y políticos, sino que nos han motivado e impulsado, desde el área de Humanidades, a emprender la tarea de invitar también a los jóvenes a tomar en cuenta algunas consideraciones sobre la libertad y el arte de vivir y convivir. *Ética para Amador* y *Política para Amador* son dos libros que nos demuestran que es posible lograr que jóvenes y adolescentes se interesen por averiguar cómo vivir mejor. En ese sentido, ambos han nutrido significativamente los diversos esfuerzos que hemos emprendido—y seguimos emprendiendo—como educadores y humanistas, en el reto de promover el

desarrollo de jóvenes ciudadanos librepensadores. Tanto desde el curso *Ética y Ciudadanía*, como desde nuestras publicaciones *Ética y política. El arte de vivir y convivir* y *La exigente incomodidad*, hemos dirigido esfuerzos a la formación de nuestros jóvenes universitarios.

Seguimos apostando por la gran invitación de Savater a “que lo humano reconozca a lo humano y se reconozca en lo humano, que la libertad oriente la vida y que la vida—la buena vida, no el puro fenómeno biológico—señale los límites debidos a la libertad.⁴ Porque “la buena vida humana es buena vida entre seres humanos, de lo contrario puede que sea vida, pero no será ni buena ni humana”.⁵

Fernando, aunque nos hayas revelado en tu autobiografía que aspiras al reconocimiento, pero detestas que te reconozcan, espero que esta distinción de Profesor Honorario del Área de Humanidades que se te otorga hoy en la UPC, comience a ser el primero de una serie de merecidos reconocimientos que realmente te agraden. Muchas gracias

Mónica Jacobs Martínez

Secretaria General de la Universidad
Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

⁴ Savater, Fernando. El contenido de la felicidad. Un alegato reflexivo contra supersticiones y resentimientos. México: Aguilar, 1994:61

⁵ Savater, Fernando. *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel, 1991:77

Profesor Honorario

Me siento muy emocionado y agradecido por la desbordante muestra de generosidad que tiene conmigo esta Universidad. Precisamente, yo fui honrado, hace ocho años, cuando tuve posibilidad de ser profesor en esta misma casa para alumnos a los cuales hoy he vuelto a encontrar ya crecidos y ocupando puestos docentes. Para mí fue una experiencia gratísima. Primero, porque el público fue de una extraordinaria atención, cordialidad y compañía para mí. Luego, porque trabé amistades muy queridas con profesores de esta casa, que son los que han insistido en volver a traerme a dar unas charlas y este nombramiento de profesor honorario de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas. Naturalmente, me siento ya parte de ustedes y ojalá que puede aportarles algo, como ustedes me han aportado a mí. Espero poder hacer algo, digamos provechoso, para esta Universidad y para este país.

Para mí es fundamental el hecho de que me haya nombrado el Área de Humanidades de esta universidad, porque la palabra Humanidad me parece especialmente

importante y relevante. No solo en la historia y en la tradición del pensamiento al que pertenecemos, sino que hoy es una palabra especialmente comprometida, que creo que hay que reivindicar y defender. La palabra Humanidad, lo saben ustedes, no es un término solamente descriptivo. Es decir, no solo describe la característica específica de los seres humanos frente a nuestros próximos parientes zoológicos; muy próximos, según nos informan los genetistas actuales. Frente a esos parientes, inquietantemente próximos, la Humanidad ha sido la descripción de nuestras características como especie distinta, pero no solo es un término descriptivo, sino que, desde sus orígenes, ha sido también valorativo.

La Humanidad no es solamente lo que somos sino también el ideal de lo que queremos llegar a ser. La palabra Humanidad ha estado ligada, como ustedes conocen bien, a la obra de Cicerón. *La Humanitas* es quizás la expresión ciceroniana, quemás se recuerda. Está referida a esa mezcla, no tanto de un valor destacado en un campo, sino a la armonía de valores en muchos aspectos diferentes. Un cierto eclecticismo más o menos escéptico en el pensamiento. Una proclividad al reconocimiento de los valores de doctrinas opuestas. Una proximidad a los amigos, a los parientes, a la familia. Una cierta expresión de mesura, de no exceso, de templanza humana.

Todo eso quedó acuñado en la obra de Cicerón y ha sido el ideal de las *Humanitas*, que se ha perpetuado a lo largo de los siglos y que llega, en cierta medida, al nuestro. A partir del siglo XVIII, con la Revolución Francesa, la Humanidad se convierte en un pensamiento, una idea fuerte, en una idea que desafía, por ejemplo, la genealogía de los reyes absolutos, los mandatos divinos

escarnados en las monarquías. La Humanidad es nuestra genealogía común, la genealogía que todos compartimos y en nombre de la cual los pueblos y las sociedades dan leyes y pueden emanciparse de las tutelas tradicionales de quienes han nacido para gobernar frente a quienes han nacido para obedecer.

El concepto de Humanidad, que nace en el siglo XVIII, rompe precisamente esa idea de que los seres humanos son de dos tipos: los que deben mandar y los que deben cumplir las órdenes. Thomas Jefferson tiene una expresión muy hermosa. Dice que hay algunos seres humanos que creen que existen otros seres humanos que nacen con una silla de montar en el lomo para que ellos se monten encima y los espoleen. Pues no, el concepto de Humanidad es reconocer que nadie nace con una silla de montar ni con espuelas y que debemos buscar nuestra armonía en parámetros muy distintos a esta división brutal.

La palabra Humanidad, que se introduce y reivindica en el siglo XVIII, se convierte en un estandarte de lucha que se cristaliza a principios del siglo pasado, en la Declaración Universal de Derechos Humanos. Naturalmente, no se entiende que no haya derechos humanos, sino existe humanidad. Los derechos humanos son como la codificación, el mínimo común denominador que debemos compartir todos los humanos. La Humanidad es, entonces, el elemento por medio de cuya idea se trascienden los racismos, las xenofobias y todo aquello que convierte a los seres humanos en castas o categorías separadas unas de otras de manera irremediable.

Parecía que todo lo que era movimiento de progreso en la Humanidad era, precisamente, avanzar a reivindicar mayores cuotas de igualdad en los derechos de los seres humanos. Por ejemplo, educación obligatoria para todos no sólo para los hijos de los ricos, que se la pueden permitir; sanidad pública garantizada para todos y no sólo para los potentados que pueden viajar a los lugares donde hay buenos médicos; asistencias públicas; igualdas jurídica; igualda entre hombres y mujeres; el hecho de que no haya discriminación por los sexos; no hablemos ya de discriminación por razas. Es decir, los progresos hacia una mayor igualdad efectiva ha sido siempre la clave del avance de las sociedades humanas. En nombre de la Humanidad se ha ido avanzando en ese reconocimiento institucional de nuestra semejanza básica.

Pero a finales del siglo pasado, a comienzos del nuestro, ha empezado a introducirse, cada vez más, un entusiasmo desbordante por la diferencia entre seres humanos y no por su igualdad. Se dice, por ejemplo, que la gran riqueza de la Humanidad es su diversidad. Mentira, la gran riqueza de la Humanidad es su semejanza. La diversidad es un hecho. Naturalmente que los seres humanos son diversos, cualquiera que tenga ojos en la cara lo ve y cuántas más pasiones xenófobas se tienen, más claramente se ve. Un racista está totalmente convencido de la diversidad de los seres humanos. Está tan convencido de esa diversidad que no ve la semejanza fundamental entre ellos.

La verdadera riqueza humana es la semejanza, que hace que todos podamos colaborar unos con otros, que comprendamos las necesidades de los otros. Es mucho más importante el hecho de que todos los seres humanos hablen; que hablen una lengua u otra es perfectamente

irrelevante. Lo importante es que todos los seres humanos hablamos, que vivimos en un mundo simbólico, que nuestras ideas pueden ser traducidas de un idioma a otro. En ello radica la fuerza de la humanidad, en su semejanza. Naturalmente, las diversidades pueden presentarse en el campo del folclore, la gastronomía, el arte, la estética e incluso de la creación y de las filosofías. Las diversidades pueden ser algo que rompa la monotonía y ofrezcan campos de entretenimiento, esparcimiento y de enriquecimiento en cierto sentido. Pero la base, lo fundamental, lo importante es la semejanza esencial que hace que los seres humanos veamos nuestro destino ligado a unos y otros. Los seres humanos nacemos unos para otros y no unos para nuestra tribu y otros para la tribu vecina.

La idea de que existen razones diferentes, lógicas opuestas, seres humanos incomprensibles unos para otros, esa especie de orgullo estúpido de que existen tribus insolubles para otros, no va. Somos insolubles para los demás porque no nos conocen, como no han comido del mismo pan, ni han vivido en el mismo rincón de globo, no pueden entender a otros seres humanos. Esa idea era característica de los reaccionarios a partir del siglo XVIII. Recuerden ustedes, por ejemplo, las voces de ilustres reaccionarios como Joseph de Maistre, que decía que conocía ingleses, franceses, alemanes o rusos, pero que al hombre no lo había visto nunca. Claro, ésa era la visión reaccionaria tradicional y ésa es la visión que hoy vuelve a existir. Hoy se resaltan las diferencias étnicas, las diferencias nacionales que se ponen por encima del fondo común. Sin embargo, es necesario cambiar el enfoque, porque seis mil millones de seres humanos, en un crecimiento permanente como el que vivimos, no pueden aspirar a seguir viviendo en tribus.

Si alguna vez los problemas importantes de la humanidad han tenido que gestionarse de manera colectiva, esa época es la actual. Cómo vamos a gestionar problemas a escala planetaria como la defensa del medio ambiente, la educación de la infancia, el problema terrorífico de millones de niños en todos los continentes que nunca ven acercarse a un adulto más que con malas intenciones, para hacerles daño y utilizarles como esclavos sexuales, pequeños soldados o trabajadores esclavizados; y nunca para educarles, ayudarles a crecer o jugar. La idea es que el mundo necesita unidad para la defensa del medioambiente, la educación y la defensa de los derechos humanos. Nunca como ahora se ha necesitado esa coordinación a escala supranacional. Si tantas otras cosas mercantiles están trazadas a escala supranacional, por qué no defender a esa misma escala también nuestros valores; pero claro, estos valores se basan, precisamente, en el concepto de Humanidad.

Es la defensa de la Humanidad lo único que puede dar una base teórica ideal a la gestión planetaria de los seres humanos sobre aquello que les concierne. Si la Humanidad ha sido más o menos descartada, si lo importante son nuestras diferencias, si cada uno de los grupos humanos es insoluble para otros, si todos tenemos unos derechos prescriptibles que no tenemos que discutir con los demás, entonces, yo creo que entramos en fase regresiva, contraria a los que ha sido el desarrollo progresista de nuestra especie.

De modo que, por eso, soy un reivindicador profesional de la idea de Humanidad y, sobre todo, de la idea de la Humanidad como semejanza entre los seres humanos, mucho más importante que cualquier diversidad.

Porque creo que hay un derecho a la diferencia y no una diferencia de derechos y que, por lo tanto, las diferencias pueden ser reconocidas, pero dentro de un derecho básico que compartimos y que son nuestras igualdades básicas codificadas en los derechos humanos.

Por todo esto, estimo que en esta universidad peruana, voy a participar en el Área de Humanidades y voy a intentar, junto con colegas muy destacados, defender esa porción de Humanidad que nos toca, para extenderla hasta que alcance a todos los seres humanos.

Por lo demás, evidentemente, tengo que repetir mi agradecimiento a las autoridades e esta universidad y a las personas que con tan amable y exagerada insistencia han favorecido este acto en el que nos encontramos. Un gran poeta inglés romántico dijo que Dios nos dio la memoria para que tuviéramos rosas en invierno.

Naturalmente era un poeta inglés, entonces, piensen ustedes en la latitud en la que él explicó que la memoria sirve para que tuviéramos rosas en invierno.

Bueno, pues, les agradezco esta rosa de la memoria que me dan ustedes hoy y que servirá para calentar, un poco, los inviernos venideros.

Fernando Savater

Profesor Honorario de la Universidad
Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

FERNANDO SAVATER

CHARLA MAGISTRAL

ANTROPOLOGÍA DE LA LIBERTAD

Presentación

Fernando Savater sabe mejor que nadie cómo lo hemos estado esperando. Y es que para poder tenerlo hoy con nosotros, hubo que tener paciencia, hubo que seguirlo, hubo que saber esperar.

Desde su primera visita a la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC), hace ya ocho años, quienes tuvimos la suerte de acompañarlo en sus tres conferencias sobre *Ética y Periodismo*, *Alegría y Responsabilidad* y *El Valor de Educar*, no podemos dejar de reconocer que con dicha visita se inició una aventura de la que muchos de nosotros no hemos regresado aún.

Su paso por Lima implicó comprobar certezas, pero también enfrentarse a un torrente de preguntas. Y es que las palabras de Savater son como huracanes de sabiduría y humor, que mientras arrasan con parte de nuestra ingraestructura interna—es decir con nuestros prejuicios, demonios y creencias—también nos permiten trabajar sobre los derrumbes, sobre el desorden emocional, sobre las nuevas edificaciones que terminan por permitirnos disfrutar de nuevas aventuras; es decir, de lo que él mismo define como “un salto a la plenitud, un tiempo lleno².”

“La aventura, explica Savater, es el tiempo que ya no es oro, sino auténtica riqueza; el tiempo que no es tiempo, sino eternidad”. Se trata pues de un tiempo que, como bien añade, “no puede ser medido, sino contado”⁶.

⁶ Savater, Fernando.

Fernando Savater sorprende por tantas cosas. Una de esas tantas es el modo como suele presentarse en sus libros. En su novela de aventuras, *El gran laberinto*, por ejemplo, uno debe contentarse con leer “Fernando Savater es Catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid”⁷.

En otras, ni siquiera con aquello. Lo que ocurre es que tras el calificativo de filósofo, y como bien lo define el propio Cioran, su pensador ejemplar, filósofo es aquel “que llegue roído por interrogaciones esenciales y contento de estar atormentado por una lacra tan noble”⁸.

De sus obras, todas merecen ser recordadas, recuperadas, citadas, revividas. Ninguna es evitable. Desde la extraordinaria manera cómo nos presenta su *ficha (casi) policial*⁹, como él mismo la denomina, y en la que resalta, utilizando una definición de Merleau-Ponty: que “Nunca me repondré de mi incomparable infancia”¹⁰, pasando por aquellos libros en los que confiesa los deberes y gozos de la palabra, pero entre los que es oportuno mencionar a aquel pequeño gran libro de 6 x 8 centímetros titulado *Loor al Leer*, Fernando Savater conmueve con sus ensayos, sus cuentos, sus novelas, sus libros de filosofía y con sus enérgicos textos periodísticos.

Desde su autobiografía razonada, es que uno comprende el valor de lo que él denomina *sus moradas*

⁷ Savater, Fernando. *El gran laberinto*. Barcelona: Ariel, 2005

⁸ Savater, Fernando. *Ensayo sobre Cioran*. Madrid: Colección Austral.Espasa Calpe, 1992.

⁹ Savater, Fernando. *Mira por dónde. Autobiografía razonada*. Buenos Aires: Taurus, 2003:29

¹⁰ *Ibid.*, p.31

*de la infancia*¹¹: su pasión por la lectura; el deleite de disfrutar, como él mismo lo señala, “de los pasteles hojaldrados y natosos conocidos como ‘rusos’”¹²; de su público compromiso político; así como aquella estremecedora casita a su madre en la que le confiesa que en ocasiones hay tanto que decir que—citándolo—”las palabras se han vuelto imposibles”¹³.

Fernando Savater es un hombre lleno de historias, de anécdotas, de sensaciones compartidas, porque es un hombre que ha venido al mundo a vivir de veras. Savater es uno de esos seres que desde niño tuvo el coraje y la confianza, pero sobre toda la certeza, de responderle a su maestro de escuela que estaba en el mundo para “ser feliz”; y quien ante la inevitable pregunta “¿Qué quieres ser de mayor?”, fue capaz de puntualizar: “pequeño”.

Savater, adicto al pensamiento y a las palabras, es un escritor capaz de abordar muchos temas con el rigor, la ironía y el humor necesarios para su respetuosa e inmediata asimilación. Es, dicen, un sibarita de la inteligencia. Un rehén de la alegría.

Parafraseando a Simone de Beauvoir, Fernando es uno de aquellos seres humanos que “va hasta el fondo de sus deseos, de sus rechazos, de sus actos y de sus pensamientos”¹⁴.

¹¹ Ibid., p.31. Parafraseando afirmación (“En esas moradas pasé mi infancia”)

¹² Ibid., 29. Capítulo: Ficha (casi) Policial.

¹³ Ibid., p.45. Capítulo: Lo que te debo

¹⁴ De Beauvoir, Simone. *Final de Cuentas*. Barcelona: Testimonio Edhasa, 1984

La vida de Savater es uno de esos descubrimientos extraordinarios que nos amista con la confianza, con el valor del ser consecuente, con lo posible de las promesas.

Para Fernando, pensar, hablar y escribir son sinónimo de pacto, compromiso y apuesta.

Muestra de su compromiso político se refleja en aquella rase del filósofo que señala que “hacer política cuando la democracia está amenazada es, precisamente, la primera obligación de una conciencia sana”¹⁵.

Finalizo, confesándoles que cruzarse en la vida con Fernando Savater hace mucho bien. Porque nos enseña a vivir, mientras reconocemos cuánto le debemos a la vida.

Aprovecho la oportunidad para agradecer a los auspiciadores del Seminario Antropología de la Libertad que presentamos. Me refiero al diario *El Comercio*, Telefónica del Perú, Air Plus Comet, Corporación Hotelera Metor S.A. (Hotel Meliá), y a Edelnor.

En nombre de la UPC, en nombre de **Plaza de Almas. Encuentro de caminos**, espacios para la convocatoria y la difusión de propuestas culturales distintas, queremos agradecerte, querido Fernando, por la paciencia y el cariño con el que aceptaste regresar al Perú, puesto que quienes te seguimos sabemos que contigo, y con tu filosofía de vida, regresan también Cioran, Schopenhauer, Dulcinea del Toboso, Sherlock Holmes, Julio Verne, Borges, Nietzsche, Sartre; pero, también Tarzán, Agatha Christie, Bergamin, Miguel Ángel, Tintín y Milú, Voltaire, Ulises, Superman, El fantasma de Canterville, Gollum, Shakespeare, el capitán

¹⁵ Savater, Fernando

Nemo, Marx, Sancho Panza, Freud, Lady Macbeth, el Quijote, y, por supuesto, tu querido Frankenstein, entre muchos otros. Es decir, regresan amores—muchos de ellos—que citándote, “nos quitaron, nos quitan y nos seguirán quitando el sueño¹⁶”.

Úrsula Freundt-Thurne

Decana de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de
la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC)

¹⁶ Savater, Fernando

Antropología de la libertad

En primer lugar, quiero agradecer muy sinceramente, la amable insistencia de la UPC y, especialmente, de mi querida amiga Úrsula Freundt-Thurne, del Rector Luis Bustamante y de tantos amigos que hace ocho años no quedaron suficientemente escarmentados de mi paso por Lima y han insistido en volver a traerme. De ellos será la culpa y caerá la sangre sobre sus cabezas por haberme vuelto a invitar.

Bueno, yo estoy realmente contento; primero, de que personas con las que tuve una relación que para mí fue importante y cálida, también hayan recordado con la misma sensación positiva mi intervención de hace unos años. Luego, por haber constatado que sigo teniendo lectores y amigos intelectuales en Perú. Desde hace muchos años, de alguna forma, me siento muy vinculado a América Latina. Siempre he sostenido que España también es un país latinoamericano. Es decir, que lo mismo que se puede hablar de hispanoamericana, se puede hablar de una España latinoamericana, porque nuestra conexión no es accidental, no es transitoria. Entonces, el saber que sigo teniendo lectores y que sigo manteniendo un diálogo intelectual con gente del otro lado del Atlántico, para mí es sumamente importante. Por supuesto, la posibilidad de que yo volviera no se ha dilatado por ningún escrúpulo mío, sino por los inconvenientes, a veces, de organizar la agenda. Para mí es un gran placer el que finalmente se hayan superado las dificultades y que hoy pueda estar aquí con ustedes.

Entonces, quería plantearles algunas cuestiones, algunos temas sobre los que he venido trabajando, en realidad, toda la vida, pero que me han ocupado,

particularmente, mientras estaba redactando el último libro teórico que he publicado, *El valor de elegir*, que es una reflexión sobre la cuestión de la libertad.

Yo creo que la cuestión de la libertad me ha acompañado, de un modo u otro, desde que empecé a pensar y a expresar lo que pensaba, y quizá haya llegado el momento de hacer una visión global, general, no enfática, no retórica sobre el tema de la libertad. Les digo no enfática, no retórica, porque la palabra libertad siempre parece que está especialmente ligada a una explosión, digamos, sentimental, afectiva. Valery, con mucha gracia, decía que hay palabras que cantan más que hablan. Entonces, la palabra libertad, la palabra amor, son palabras cantantes. Son palabras que, antes de enterarnos de lo que están diciendo, ya estamos sintiendo la música. Y, a mí me gustaría, o intentaría, aquí con ustedes, hacer una reflexión sobre la libertad sin cantar. Una reflexión no orfeónica sobre el tema de la libertad, intentando ver a qué llamamos libertad. No en el sentido institucional, no cuando hablamos de libertades públicas, no cuando hablamos de las instituciones que garantizan derechos y que nos dan capacidades de acción social, sino la libertad que nos define tal como somos, como nuestro principio, como nuestro origen. La libertad como el origen del hombre, como el origen del ser humano.

Claro, la palabra libertad, en ese sentido, hay que precisarla. Siempre que se habla de libertad, inmediatamente surge alguien que dice: “Cómo libertad en este mundo con opresión, con tiranías, con esclavitudes”. Bueno, evidentemente, en ese sentido faltan muchas libertades y las libertades políticas, las libertades sociales, están perseguidas en muchos lugares. Pero, no se trata de eso. Se trata de una libertad ligada a

lo que somos. Es decir, no una libertad que podamos tener o no tener en cuanto a hombres, sino una libertad que obligadamente tenemos y por la cual nos definimos como humanos.

Por eso, yo hablaba de capacidad de elegir o de voluntad de elegir, porque quizá hablar con esos términos suene menos enfático, se preste menos a la retórica que la palabra libertad.

Significativamente, los pensadores griegos, la lengua misma, no conocía la palabra libertad en el sentido en que nosotros la utilizamos: como libre albedrío, como capacidad de decisión o como origen de acciones entre el bien y el mal. La única versión de la palabra libertad, en el sentido griego, era el sentido de libertad política. Es decir, eran libres los que vivían en una ciudad libre, los que no eran esclavos, los que no estaban sometidos a la voluntad ajena. Nada más. Era la única idea que tenían los griegos sobre libertad. Cuando se trataba del ser humano, de lo que hablaban era de actos voluntarios o involuntarios. Si recuerdan ustedes en la ética nicomaquea de Aristóteles, un acto libre es un acto voluntario, un acto que yo puedo hacer o no hacer y que he decidido hacer o no. Frente a ellos, se encuentran los actos involuntarios, los actos que yo realizo de una manera inadvertida o innecesaria. Si alguien me arroja un objeto bruscamente a la cara, yo cierro los ojos, no de forma voluntaria, sino involuntaria. Es una reacción involuntaria frente a esa agresión. Mucha o gran parte de nuestra vida está hecha de acciones involuntarias: respiramos sin querer, digerimos sin querer y hacemos muchas otras cosas de una manera automática.

Sin embargo, de vez en cuando, hay cosas que podemos hacer o no, sobre las que podemos decidir si las hacemos o no. Esos momentos son aquellos en los que se juega lo característico de nuestra vida como seres humanos. Es algo no especialmente grandioso ni extraordinario, sino una obligación que puede ser gravosa, una necesidad que tenemos, puesto que no estamos totalmente programados por la naturaleza. En esos casos, tenemos que tomar una serie de decisiones arriesgándonos a equivocarnos.

De ahí, el hecho de que Jean Paul Sarte hablara de que el ser humano está condenado. No dice que tenemos el privilegio, la suerte, el regalo maravilloso de la libertad, sino que habla de la condena de la libertad. Porque la condena de la libertad consiste en que no tenemos más remedio que inventarnos la vida, porque no la tenemos diseñada genética, evolutivamente, como otros animales. Los animales son mucho menos torpes que nosotros, puesto que no deliberan cuando hacen lo que tienen que hacer. No hay abejas torpes que no sepan hacer celdillas en los panales. Todas hacen muy bien su función. Lo único que pasa es que no hacen más que eso. Por lo demás, lo que tienen que hacer lo hacen bien. Los animales no son torpes, no son tontos. No hay animales incompetentes. Todos los animales son competentes en lo suyo. Afrontan las dificultades de una manera suficiente, mientras que el ser humano es extraordinariamente incompetente en casi todo lo que pretende, pero puede pretender muchísimas cosas diferentes.

Entonces, se presenta una combinación particular entre lo siguiente: como sabemos o que vamos a hacer, podemos hacer muchas cosas; y, por otra parte estamos

sujetos a la frustración, al error, a la atrocidad, de una manera que los otros animales no conocen. De ahí que Sartre hablara de condena, de una condena a la libertad. No es una suerte ser libres. Es una condición, es una determinación necesaria. Quizá nos fuera mejor no siéndolo. Quizá nos fuera mejor si tuviéramos ya diseñada, programada, nuestra vida por la evolución o la naturaleza.

De alguna manera, los seres humanos que sueñan con un caudillo, que sueñan con alguien que piense por ellos, con una comunidad que les dispense de la tarea de tener que elegir constantemente, tienen esa especie de nostalgia zoológica de otros seres que no tienen la zozobra que tenemos por elegir, decidir, inventar nuestra vida. Por eso, qué suerte tienen otros de no ser libres, podemos decir. Pero nuestra condición, evidentemente, es la que es, la que incluye la elección como una dimensión necesaria de la vida.

Tenemos un sueño que es creernos que somos el extremo o el punto final de la evolución, que la evolución va avanzando y llega hasta la perfección representada por nosotros. Los seres humanos somos especialistas, digamos, en la autopromoción y en la publicidad, e incluso para criticarnos, suponemos que somos una cosa superior y extraordinaria. Quizá esa sea una cosa que debemos poner en duda ¿En qué sentido somos nosotros más evolucionados que los animales? Yo creo, más bien, que el secreto de los humanos es que estamos menos evolucionados que los animales nómadas.

Si la evolución es el proceso que va llevando hacia una perfección o una mayor adecuación de un órgano o de un individuo hacia una función determinada, es

evidente que los animales están más evolucionados que nosotros. Es decir, están mucho más adecuados a sus fines que nosotros.

Piensen, ustedes, por ejemplo, en un instrumento de precisión como es el brazo de un gibón o de cualquier otro mono arbórico: largo, flexible, con una ductilidad y además con una energía verdaderamente extraordinaria; o pensemos en la zarpa de un león o en la aleta de un pez. Son instrumentos precisos. Han evolucionado para estar exactamente adecuados a la función que tienen que cumplir. Frente a ellos, el brazo de un hombre es un instrumento de imprecisión, pero a la vez, de una aproximación extraordinaria: menos fuerte para trepar que el brazo del gibón, mucho menos enérgico que la zarpa del león, por supuesto mucho menos apto para la natación que la aleta de un tiburón, pero hace todas esas funciones y, además, toca el piano, puede disparar un misil, puede empuñar un arma o acariciar un bebé. Tiene una gama mayor de posibilidades precisamente porque no se acerca a la perfección en ningún sentido mantiene su disponibilidad para hacer muchas cosas distintas.

Y eso ocurre con el ser humano en general. Ustedes comparen, por ejemplo, un bebé humano con un chimpancé recién nacido. La comparación es totalmente triste para el bebé, porque el bebé no hace absolutamente nada. El bebé es un prodigio de inutilidad, de imperfección, de inutilización. Está totalmente sometido, completamente en manos de los demás. Si nadie lo cuida, no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir y, en cambio, el chimpancé desde muy pequeño se agarra al pelo de su madre, porque la madre, que tiene que estar trepando por los árboles, no tiene más manos para sujetarle. El

chimpancé tiene una disposición, una agilidad y una destreza, que el niño no tiene.

Si se los compara, da la impresión de que el niño ha nacido demasiado pronto, es decir, que el niño es mucho más fetal que el chimpané. El chimpancé nace más acabado porque ya sabe que no puede contar con nadie más que con él mismo. En cambio, el niño nace inacabado porque tiene que nacer dos veces. Tiene que nacer del útero materno y tiene que nacer del útero social. Por eso nace inacabado, para depender de los demás, para que su segundo nacimiento sea el nacimiento de la sociedad, el nacimiento de la dependencia de los otros, de los que los otros le van a dar y van a desarrollar en él.

Hay en los seres humanos una cualidad –los antropólogos la llaman neotenia– que es una especie de juvenalización permanente. El ser humano tiene, frente a los otros antropoides próximos a él, un aspecto biológicamente mucho más fetal. Por ejemplo, la ausencia de pelo, una redondez de las formas, un aire mucho más infantil. Es decir, los seres humanos somos como monos especialmente más jóvenes o permanentemente más jóvenes que los otros. Los otros monos envejecen antes. Ese chimpancé, tan vivo y tan despierto desde pequeño, en seguida aprende una serie de habilidades, desarrolla una serie de capacidades, pero pronto, relativamente, pronto, llega un momento en el que ya no evoluciona más, ya sabe o hace todo lo que tiene que hacer. Y hablo del chimpancé que es el animal, quizá, más capacitado para desarrollar nuevas técnicas, nuevos comportamientos. En cambio, frente a eso, el ser humano no deja de transformarse nunca. Es decir, tiene siempre una especie de disposición juvenil a seguir aprendiendo, a seguir cambiando, a seguir innovando.

Pero eso se produce, justamente, porque no está determinado a nada, porque la evolución no lo ha empujado a nada de una manera precisa y completa.

Los animales están también adaptados a su medio que, cuando cambia el medio, desaparecen. Ese ha sido su problema. Los animales desaparecen porque forman parte del medio y, en cuanto el medio se transforma, ellos no logran sobrevivir, no logran cambiar, y perecen. Los seres humanos, en cambio, a lo largo de la evolución, han vivido en el polo, han vivido en el desierto, han vivido en la selva, han vivido cerca del mar, han vivido lejos del mar, en lo alto de las montañas, en las llanuras, cuando ha habido glaciaciones han ido a otro lugar. Han cambiado permanentemente, porque en todos los lugares están en parte incómodos y en parte integrados. No forman parte de ningún medio ambiente. Forman parte del mundo. Es decir, que tenemos un mundo en el que se incluye el medio ambiente y todo lo demás. Un medio ambiente mucho más completo, con muchas más posibilidades. Vivimos en un ámbito, pero podemos cambiar y vivir en otro, cambiar nuestra vida y vivir en nuevas direcciones.

Y eso gracias a que tenemos capacidad de elección, a que tenemos capacidad de variar nuestras opciones: hacemos esto, pero podríamos hacer otra cosa. Adoptamos esta práctica, pero podríamos haber adoptado otra. Si falla ésta, con el tiempo adoptaremos otra. No nos quedamos repitiendo una y otra vez el mismo gesto hasta extinguirnos, sino que, antes de extinguirnos, sino que antes de extinguirnos, habremos inventado una cosa nueva, una cosa que a veces sale bien y a veces sale mal. Evidentemente, la especie humana es una prueba de error y acierto. La cantidad de callejones sin salida, la cantidad

de descubrimientos, de formas de vida, de formas de convivencia, de símbolos, etcétera, que los humanos intentan y que fracasan, es enorme. Ello existe en la vida biográfica de cada uno de nosotros y en la vía colectiva también. Por eso, los seres humanos somos siempre raos para nosotros mismos. Vivimos extrañándonos de ser lo que somos, cosa que no le ocurre a ningún otro ser vivo.

El famoso canto del coro de Antígona, en el que Sófocles dice “No hay cosa más extraña, más terrible, que el hombre que cruza los mares, que vive tal y cual...”. Ese canto de extrañeza, de asombro y de terror es una constante. Es decir, somos algo sorprendente para nosotros mismos.

Constantemente, los seres humanos nos hemos considerado como algo que no puede ser. Es decir, oímos a literatos, filósofos, predicadores, sobre todo, que dicen: ‘esto no puede ser, esta vida no puede continuar, esto no puede seguir así’ Bueno, pues, si ustedes cotejan los textos históricos, verán que esa sensación la hemos tenido siempre. La sensación de que esto no puede durar, de que esto es provisional y va a salir mal, de que esto no puede funcionar, ha estado presente a lo largo del tiempo. La verdad es que todo está en el aire para los seres humanos. Todo es improvisado.

Uno de los primeros textos de nuestra cultura, quizá el primero, es un texto que se encontró en una tumba egipcia, de aproximadamente 2000 años antes de Cristo, que se conoce como *La canción del desesperado* o algo así. Probablemente es una especie de testamento vital de la persona enterrada en esa tumba, que debía ser un magnate o una persona de relevancia de una de las dinastías egipcias. En ese texto, el autor dice: ‘Vivimos en

un mundo que se acaba, los hombres cada vez son peores, nadie obedece a la autoridad, las mujeres engañan a los maridos, los hombres defraudan a otros, reina la violencia, reina la brutalidad, los hijos no obedecen a los padres, esto no puede durar, el mundo se va a acabar?. Eran 2000 años antes de Cristo. O sea que la cosa hay que tomársela con calma. Se ve que la situación es grave, pero duradera. Esta sensación de que ya verdaderamente hemos llegado al extremo de la cuerda es una cosa que ya la tenía clara este señor del Egipto de miles de años antes de Cristo.

Esta sensación es, efectivamente, la que surge ante improvisaciones permanentes como de las que está hecha nuestra vida. Nosotros, cuando decimos que somos libres, no queremos decir que tenemos que inventarnos de arriba abajo, cada uno, así mismo. Me refiero a que los seres humanos no somos libres en el sentido de que, cuando nacemos, ya estamos condicionados: tenemos un determinado sexo, hemos nacido un día y no otro, en una familia y no en otra, en un hogar y no en otro. Tenemos determinadas disposiciones genéticas. Tenemos dos pulmones, un hígado, una forma de respirar debajo del agua en vez de respirar afuera. Todo eso lo tenemos obligado. Es decir, estamos condenados a una serie de cosas que no hemos elegido y que nos condicionan. Pero dentro de esas cosas que nos condicionan, podemos elegir. Tenemos un campo de elección, pero no lo elegimos todo. No elegimos lo que somos, elegimos lo que hacemos con lo que somos. Evidentemente, mucho de lo que nos constituye físicamente, históricamente, no lo hemos podido elegir. Sin embargo, luego tenemos una disposición a que, una vez hecho lo que somos, podemos elegir una cosa u otra.

Elegios obligadamente, no porque queramos o tengamos ese capricho, sino porque no tenemos más remedio. La vida nos está urgiendo, permanentemente, a tener que elegir. Aristóteles, cuando habla de un acto voluntario pone el ejemplo de un capitán de barco que debe transportar una carga valiosa de un puerto a otro. Entonces, en medio de la travesía, surge una tempestad que amenaza al barco. El capitán tiene que elegir si continuar llevando la carga a través de la tempestad, arriesgándose a perder no solo la carga sino también la vida de los que van en barco y la suya propia; o arrojar la carga al mar para estabilizar el barco y, asegurar, al menos, la vida de los tripulantes. Y tendrá que elegir entre una de esas cosas. Si tirara la carga al mar, la tirará porque quiere, pero porque quiere dentro de unos límites, porque quiere salvarse. No porque realmente quiera tirar la carga, puesto que lo que él quería cuando partió con el barco era llevar la carga de un puerto a otro. Entonces, frustrado se primer deseo, se le presenta la opción de tirarla para salvar la vida. Si quiere, la tirará, sino la llevará. En ambos casos estará actuando libremente. Es decir, puede decidir una cosa y otra, pero no es libre de que haya tormenta o de que no la haya, de que las tormentas tengan un efecto determinado sobre los barcos o no lo tengan. Eso no lo puede elegir. La tormenta está ahí, aunque él no la haya llamado. La tormenta puede hundir el barco, quiera él o no. Y, luego, dentro de esas circunstancias que él no ha elegido, él puede elegir entre llevar la carga o tirarla.

Así son las elecciones humanas. Somos libres dentro de unas condiciones que él no ha elegido, él puede elegir entre llevar la carga o tirarla.

Así son las elecciones humanas. Somos libres dentro de unas condiciones que no hemos elegido, dentro de unas circunstancias que se nos imponen. Somos libres, en medio de la tormenta, en medio de esa tormenta que nos zarandea, tenemos una cierta libertad. De eso se trata cuando se habla de antropología de la libertad, de una libertad zarandeada, pero obligatoria. Cuando tú estás en el barco y la muerte amenaza, no puedes decir “bueno, pues, lo dejo para ver si alguien decide por mí” o “a ver qué decido automáticamente”. Cualquier cosa que decidas, incluso tirarlo a suerte también sería una decisión. Es decir, estamos obligados a tomar este tipo de decisiones. Ello sucede en nuestra vida biográfica, en la vida de los pueblos, en la historia, etcétera. Y no hay garantía alguna. Nada que nos dice que vaya a funcionar bien el tirar esa carga o no. Hay que tirarla o hay que conservarla, hay que arriesgarse o hay que intentar salvarse, y ya veremos qué ocurre. Así es que de alguna manera el funcionamiento de la vida humana. Entonces, tenemos que intentar. Dado que no hay más remedio que elegir, tenemos que intentar ver cuáles son las condiciones de una buena elección: si quieren ustedes, los requisitos de la libertad.

En primer lugar, cuando elegimos el requisito fundamental es conocer. El primer requisito de la libertad es el conocimiento. No podemos elegir algo que no conocemos. Si yo tengo delante dos vasos de agua, igual de transparentes y aparentemente idénticos, pero en uno de ellos hay cianuro y en el otro hay agua pura, y me dicen “elijá usted”. Bueno, si yo no sé en qué vaso está el cianuro y en qué vaso está el agua pura, la elección es falsa. En realidad, hago un gesto al azar porque yo no estoy eligiendo con conocimiento. Tengo que saber cuál es el vaso con veneno y cuál es el vaso con

agua para elegir entre suicidarme o tomarme un trago de agua. Es decir, el conocimiento es fundamental, aunque siempre el conocimiento es fragmentado. Nunca sabemos todo lo que va a ocurrir, cuál es el estado de cosas por completo. El estado de cosas que conocemos es relativo. Conocemos más o menos algunas cosas. El capitán que tiene que decidir entre arrojar la carga al mar o continuar con ella, más o menos tiene cierta experiencia de lo que ocurre cuando uno lleva una gran carga en un barco a través de un mar tempestuoso. Sabe más o menos que es más fácil equilibrar un barco sin carga que con carga, o colocando la carga de una forma que de otra. Tiene una relativa experiencia, pero no conoce todo. No sabe, por ejemplo, que la tempestad va a cesar 10 minutos después de haber tirado la carga al mar, haciéndole desesperarse por haberla tirado, o si va a continuar durante dos días sin cesar. Es decir, actúa siempre con un conocimiento fragmentado. Ese es uno de nuestros problemas: el conocimiento del estado de cosas en el que nos movemos es siempre fragmentado, pero, por otra parte, no podemos esperar hasta conocer al mundo por completo para actuar. Tenemos que intentar conocer el mundo y actuar a la vez.

Ese es el problema de la educación. La educación resulta imprescindible, para poder utilizar la libertad. ¿Qué libertad va a tener una persona no educada? La misma libertad del que tiene delante dos vasos de agua y no sabe en cuál de ellos está el veneno. Esa es la libertad del no educado, la libertad de quien no conoce lo que tiene delante. Es irónico decirle, a quien no sabe “elija usted”. Elegirá según las leyendas tradicionales, por lo que le engañe uno y otro. Su elección, en último término, no estará basada en el conocimiento y por tanto será una elección que él no podrá controlar. A los mejor sale bien. A lo mejor se fiará de alguien que le dé una orientación,

un brujo que le hará un conjuro y, tal vez, saldrá bien y funcionará. Pero, en cualquier caso, su elección será incontrolable. La elección de quien no sabe, de quien no conoce, es incontrolable, porque no tiene en sus manos las claves del mundo dentro del cual va a elegir.

Un segundo elemento, imprescindible para la elección, después del conocimiento, es la capacidad de manejar alternativas de acción. Es decir, hay que tener la capacidad de representarnos, en nuestro pensamiento, alternativas distintas. Yo pienso cómo será el barco si llevo la carga o si no la llevo. Es decir, hay que ser capaz de decir “bueno, ahora estoy zarandeado porque llevo la carga y, si no la llevo, pasará esto. Si llevo media carga, pasará lo otro. Y si sigo con ella, a ver si llevo...” Las alternativas de la acción son imprescindibles también para poder decidir. Aparte de conocer el estado de las cosas en un momento determinado, tengo que ser capaz de imaginarme, dentro de ese estado de cosas, qué alternativas se me plantean en un sentido y otro.

Pensemos en la imaginación creadora de los mundos virtuales. Ahora ustedes pueden hablar tranquilamente de un mundo virtual y los ordenadores nos sumen, frecuentemente, en lo que llamamos realidad virtual. Sin embargo, los seres humanos hemos vivido en una realidad virtual siempre, porque el pensamiento es la realidad virtual que vivimos todos nosotros. Todos vivimos en una realidad virtual que está ofreciendo alternativas a las circunstancias del mundo que conocemos. Todos estamos, permanentemente, imaginando alternativas a la situación en la que estamos. Somos pobres, nos imaginamos ricos. Estamos esclavos, nos imaginamos libres. Vivimos en un lugar cálido y nos imaginamos atravesando los hielos. Vivimos entre los

hielos y soñamos con la playa soleada al lado del mar. Es decir, estamos permanentemente imaginando posibilidades y actuando de acuerdo con esas imágenes. Esas imágenes son sugestivas para nosotros. Nos hacen mover. Esas alternativas de acción nos permiten actuar. Si alguien carece de imaginación no puede actuar. No hará más que imitar y repetir.

Probablemente, los animales no carecen de observación y no dejan de aprender cosas. Animales superiores, como los bonobos o los chimpancés aprenden cosa. Hay, de hecho, comunidades de chimpancés que han aprendido a hacer cosas. Por ejemplo, a uno se le ocurre que para atravesar un río es bueno llevar un palito e ir hundiéndolo en el agua para ver si hay un pozo. Ellos se dan cuenta de que aquello tiene una utilidad. Hay una capacidad, en ciertos animales, al menos, de resolver situaciones, incluso de aprender. Observar que alguno está resolviendo una situación y aprender de él. Eso ocurre en el mundo animal. No les falta capacidad de observación a los animales, sino capacidad de imaginación. Es decir, los animales, en general, inventan poco. No son capaces de imaginar mundos distintos al que viven, por lo menos tal como los conocemos nosotros. Mientras que en los seres humano, nuestra enfermedad es la opuesta. Vivamos donde vivamos, estamos constantemente imaginando otros mundos que no son aquel en el que estamos. No hay nadie que viva en un mundo y no piensa en otros. Todos estamos, de alguna forma, soñando con otra vida, con otro mundo. El que lleva una vida sedentaria sueña con la vida de un aventurero que cruza los mares y desafía peligros, el que está desafiando los peligros sueña con lo cómodo que estaría en su casa, disfrutando tranquilamente de sus riquezas. Lo que es imposible es cesar de imaginar.

Hay una historia del Rey Piro, el gran rey persa, que trajo a un filósofo griego, Síneas, para que les dé información a los reyes y los aconseje. Entonces, estaba Síneas sentado tranquilamente, descansando en el jardín del palacio, cuando apareció el rey, enérgico, vestido con su armadura y con todos sus aparejos. Al despedirse de él, le dice: “Bueno, ¿a dónde vas?”. “Salgo para conquistar Atenas, para conquistar Grecia”. “Ah, pues, estupendo, qué bien. ¿Y luego qué vas a hacer?” “Pues después cruzaré los mares y llegaré a la magna Grecia, a Sicilia, a Italia, conquistaré Italia”. “Y bueno, ¿qué más?”. “Cruzaré más allá, a las tierras hiperbóreas que hay más allá de Italia y también las conquistaré, y llegaré hasta los confines del mundo y allí podré descansar”. Entonces le dijo Síneas, “Oye, siéntate, empieza a descansar ahora y ahórrate todo ese camino. Si de lo que se trata es de descansar, para qué vas a ir a hacer todas esas cosas tan trabajosas, si podemos empezar ya”.

Pero eso es lo que realmente no se puede hacer. El ser humano no puede descansar, no puede empezar por descansar. Y si Piro escucha a Síneas y se sienta a su lado y le dice “Tienes razón, vamos a quedarnos aquí”, al rato mirará el reloj, o lo que tuviera en aquel momento, que no debía ser un reloj, y diría, “Bueno, llevamos descansando diez minutos, ahora qué hacemos”. Porque también te cansas de descansar. Esa insatisfacción es la imaginación. ¿Qué es lo que te hace estar inquieto? El que estés imaginando otras cosas que no ocurren, pero que podrían ocurrir, que crees que podrían ocurrir. Quizá no son cosas mejores, sino simplemente distintas. Una de las zozobras que enturbia o que, podemos decir, le pone su pimienta a las relaciones amorosas, es que podemos estar perfectamente bien con una persona e imaginar que podríamos estar con otras. No es que no esté bien con esa

persona, sino que simplemente también podríamos estar con otras. Y, claro, es una inquietud que tiene uno, y que se traduce en pensar “Qué me estaré perdiendo”.

La vida humana está hecha de esa permanencia de la imaginación, que tiene efectos creadores, y gracias a ella, no nos hemos confirmado, no nos hemos quedado fijos en un sitio, sino que hemos cruzado los mares, hemos pasado por aventuras como especie humana, no sólo como individuos. La especie ha hecho cosas realmente sorprendentes. Piensen en lo que era un barco en el siglo sexto, séptimo u octavo, una cáscara verdaderamente insportable. Si alguno de ustedes ha estado dentro de un barco de madera, sabe que para meterse ahí dentro, había que estar loco; y para lanzarse a un mar que no se conocía y empeñarse en ir no se sabe dónde, a hacer no se sabe qué, había que estar un poco trastornado. Sin embargo, la historia humana esta llena de esas cosas. Si tú estas al borde del mar y dejas a una comunidad humana al borde del mar, sabes que, antes o después, a alguno se le ocurrirá echarse al mar. ¿Por qué, si tiene de todo donde está? Bueno, pues, porque la imaginación humana está permanentente activa.

Hay un libro que a mí me gusta mucho, de un joven inglés de comienzos del siglo XIX. Era el libro que prefería Kupling, quien decía que se trataba del mejor libro sobre el mar que se había escrito nunca. Lo escribió un joven inglés que, con diecisiete o dieciocho años, estaba un día en Inglaterra, en el puerto, bebiendo con unos amigos. Lo cierto es que se emborrachó y, cuando despertó, se encontró con que estaba ya en altamar, en un barco ballenero americano. Porque en ese entonces, como la vida que vivían los balleneros no era muy envidiable, la forma de reclutamiento que usaban era

ir al puerto, emborrachar a unos cuantos descuidados, meterlos en el barco y, cuando se despertaban, estaban ya en altamar y no había más remedio que ponerse a trabajar ahí. Bueno, este chico se encontró en un barco ballenero que se llamaba El Cachalot, donde pasó como tres años de su vida. Luego, escribió sobre la travesía en El Cachalot, que es quizá uno de los testimonios más director de cómo se vivió en un ballenero y que inspiró, en parte, a Kipling y a Melvine.

El caso es que dentro de las cosas que cuenta ese libro, que les recomiendo si es que acaso lo llegan a encontrar, el autor cuenta que, en medio de una travesía persiguiendo ballenas, parecida a la que cuenta Melvine en Moby Dick, llegan a una isla en los valles del sur. La vida en el ballenero, se pueden imaginar, era realmente infernal: una vida de trabajo, de sufrimiento, de agobio, de malos olores, sumamente desagradable. Bueno, entonces, llegan a la isla y resulta que es paradisíaca. Encuentran allí un grupo de antivos y, sobre todo, nativos, según cuenta el autor del libro, totalmente desprejuiciados, que no hacen ningún trabajo y que llevan una vida natural e idílica, dedicados al amor, a ponerse guirnalda de flores y descansar en la arena. En fin, para los marineros de El Cachalot, la imagen era el paraíso sin mácula. Y, efectivamente, se pasan ahí quince, veinte días, un mes, gozando de las delicias de la isla, de las nativas, etcétera. Entonces, en un momento determinado, cuando ya se han hermanado un poco, en la difícil lengua que compartían, los nativos les señalan el barco que está ahí anclado, El Cachalot, y les preguntan qué es aquello. Entonces, a los marineros se les ocurre una broma y dicen “Bueno, vamos a enseñarles lo que es vivir en un ballenero”. Llevan en su barquita a unos quince nativos y parten en el barco. Durante un par de semanas, hacen la

vida habitual del barco, cazando, pescando ballenas, con los pobres nativos y los vuelven a dejar ahí. “Bueno, ya habéis visto lo que es la vida de los balleneros y la suerte que teneis ustedes en esta isla”. Finalmente, se despiden para marcharse y resulta que la mayoría de los nativos que los había acompañado en la expedición, quiere irse con ellos a continuar el viaje.

Bueno, cuál es el secreto, ¿por qué esas personas que vivían en un mundo paradisíaco, de comodidad, de tranquilidad, de pronto descubren un mundo atroz, de esfuerzo total, pero de novedad, y dicen por qué no nos vamos, a ver qué pasao? Esa es la imaginación que produce una alternativa, ni siquiera mejor, simplemente una distinta forma de vida. Constantemente estamos imaginando formas de vidas alternativas y ése es uno de los ingredientes de la acción. Por un lado está la necesidad de conocer el estado de las cosas sobre las cuales decidimos. Por otro lado está la capacidad de imaginar alternativas diferentes para ootar por una cosa u otra. Ambos son Ingredientes necesarios para la acción.

Un tercer ingrediente es la decisión propiamente dicha. Es decir, por muchos datos que conozcamos del mundo, pormucha imaginación que tengamos, antes o después, es la voluntad la que tiene que decidir. Antes o después, hay que tirar la carga o seguir con la carga. Antes o después, hay que embarcarse en el ballenero o seguir en la playa gozando de las delicias de la vida tranquila. Hay que irse o hay que quedarse. Hay que enrolarse o hay que desertar. Hay que casarse o continuar célibes. Antes o después, hay que tomar una decisión, y la decisión siempre, en último término, depende del que decide. Por muchas razones que haya para hacer una cosa, siempre podemos hacer otra. Es decir, es perfectamente

razonable que cuando a uno le han dicho que en este vaso está el agua y en el otro vaso está el veneno, tengamos una buena razón para beber el agua clara y no el veneno. Pero nosotros sabemos que hay gente que, a pesar de ello, bebería el veneno.

Sean cuales sean el estado de cosas, sean cuales sean las alternativas existentes, en un último término, el que decide es uno. No hay un automatismo que decida por nosotros. Nunca las razones son tales que ellas decidan por uno. Es uno el que decide y esa es la sorpresa, que en Aristóteles es tan interesante, cuando él habla de la *cracia*, es decir, de esa falta de voluntad para hacer las cosas que están bien. ¿Por qué no hacemos las cosas que están bien? ¿Por qué a todos nos pasa un poco lo de San Pablo?, que cuando en una de sus epístolas dice: “Veo el bien, veo el mal, no hago el bien que quisiera y hago el mal que no quiero” Uno ve el bien y no lo hace. Sabiendo que es el bien, que hace el mal. Uno no quiere el mal, pero lo hace ¿Por qué? Hay un verso muy hermoso de Ovidio, en su *Metamorfosis*, que dice “Video, meliora proboque deteriora sequor”. “Veo lo que es mejor y lo apruebo, me parece bien, me gusta, pero sigo lo peor, sigo el camino de lo peor”. Eso es así.

¿Por qué la voluntad, una vez que ve cosas que realmente están bien, una vez que ha visto el paraíso, dice “Me voy en el ballenero”? ¿Por qué una vez que alguien ve aquello que lo podría salvar, aquello que es la solución, no logra seguir ese camino y sigue el camino de lo peor?

Artistóteles, hombre muy racional, cree que esa falta de capacidad es una debilidad de la voluntad, y él la relaciona con, por ejemplo, el tiempo. Y, claro, los seres

humanos vivimos urgidos por el tiempo. Si fuéramos inmortales, podríamos elegir bien, porque, a largo plazo, las cosas pueden elegirse con tranquilidad. Pero estamos urgidos por decir “yo, lo que quiero, lo quiero ahora”. La cosa mala, *ahora*, puede tener alguna recompensa que no tiene la buena *mañana*. Entonces, el bien de mañana lo postergo, lo abandono, lo olvido, por hacer algo que hoy, aunque sea malo, me presenta alguna ventaja a corto plazo que no presenta el bien a largo plazo. Algo así ocurre.

El último término es la decisión que debemos de tomar. Es decir, no hay nada establecido, no hay nada acordado de antemano. No hay más remedio que decidir nosotros en muchas cosas. Por ello, nosotros vivimos en sociedad, precisamente, para no tener que tomar decisiones trascendentales en todos los momentos de la vida. Nosotros, la mayoría de las cosas, las hacemos por rutina o por imitación. Piensen ustedes en qué hace la mayoría de las personas cuando les dejan hacer absolutamente lo que quieren, cuando nadie les fuerza, cuando las multinacionales descansan, cuando la presión de Bush no les tortura, cuando nadie les fuerza ni les obliga, la mayoría de las personas hace lo que ve hacer a otro. Eso es lo que, digamos, nos sale de adentro. ¿Por qué? Pues porque es un mecanismo que cumple una función de comodidad. No podríamos soportar estar cada minuto de nuestra vida tomando decisiones trascendentales. El peso de la libertad, el peso de la capacidad de elegir es, efectivamente, una condena.

Afortunadamente, cada uno de nosotros vive, la mayor parte del tiempo, sonámbulo y, de vez en cuando, toma una decisión de cierto peso. Por eso se la contamos a los demás y le damos mucha importancia. Por la

mañana nos levantamos y nadie en la cama empieza la agaña de preguntarse “Me levanto, no me levanto”, “¿qué hago, desayuno, no desayuno?” ¡Por Dios! No. Más o menos, uno se levanta y desayuna. En caso de que tenga barba se afeita, sino no se afeita. Y, bueno, vivimos una vida rutinaria, hacemos lo que solemos hacer y, de vez en cuando, lo que nos despierta de ese sonambulismo es el momento de la opción: la tempestad, el amor, la muerte. Es decir, hay cosas que nos despiertan del sonambulismo y por las que decimos “No, esto ya no lo puedo seguir haciendo en el sonambulismo. Aquí hay que decidir”. Pero la mayor parte de nuestra vida es rutinaria y en la mayor parte de nuestra vida no tomamos decisiones. De modo que, a veces, se encasquilla, no tenemos el hábito de tomar decisiones.

Aristóteles, muy sensatamente, en *La educación moral*, lo que recomendaba es crear hábitos positivos en la acción, para que uno haga el bien sin tener que decidir hacer el bien. Es decir, que haga el bien automáticamente. En eso consistiría la educación moral. Si uno logra educar a un niño desde pequeñito en que no se debe mentir, en que no hay que mentir, ese niño, cuando crezca, probablemente no mentirá, porque mentir le costará más trabajo. De lo contrario, mentirá con el mismo automatismo con que, a veces, vemos mentir a nuestra gente a nuestro alrededor. Por eso, es importante crear virtudes. La virtud no es más que el hábito de hacer las cosas bien, de tal modo que no te cueste demasiado llevarlas a cabo.

A la mayoría de seres humanos normales no nos cuesta reprimir nuestros instintos homicidas con respecto a los demás. Podemos tener un momento de mal genio, podemos maldecir al señor que nos quita la plaza del

aparcamiento del auto o, en fin, al que nos contraría. Pero normalmente no tenemos que hacer un gran esfuerzo para no pegarle un hachazo o envenenarle. Estamos adiestrados de tal manera, que a la mayoría de la gente le costaría un gran esfuerzo pegar un hachazo en la cabeza del otro. No es normal que la gente tenga complacencia de matar a hachazos a sus vecinos, porque no tenemos el hábito. No tenemos esa costumbre. Hemos sido educados de tal manera que no resolvemos nuestros problemas a hachazos. Es rara la gente que resuelve sus dificultades a puñaladas o a sablazos. Sin embargo, era habitual hace un siglo, o siglo y medio.

Los países que todavía no han llegado a este grado de civilización, probablemente, sí tienden a resolver las cosas a hachazos. Pero las personas, en ese sentido, somos un poco más civilizadas que los grupos, y entonces, naturalmente, nos portamos mejor que las naciones. Las naciones se portan como seres humanos primitivos, mientras que, la mayoría de las personas ya hemos desarrollado una cierta civilidad y adoptamos en nuestra conducta una serie de hábitos socialmente útiles y aceptables. Más bien, nos constaría esfuerzo tener que actuar en contra de esos hábitos positivos. De ahí la importancia de la educación. Es decir, fomentar hábitos positivos. De ahí la importancia de la educación. Es decir, fomentar hábitos positivos de acción es mejor, porque la mayoría de nosotros será bueno por rutina—aunque eso, según Kant, tenga menos mérito que ser bueno por decisión propia—. Sin embargo, es mucho más cómodo. Es mucho más sensato intentar que las personas tengan la rutina de hacer el bien. Porque si lo que intentamos es crear héroes que en cada momento tengan que decidir si hacer el bien, en una especie de lucha moral permanente, estamos perdidos, porque la

mayoría de luchas morales que uno tiene las pierde. Así que, es mejor no tener muchas luchas morales y quedar bien casi siempre.

Entonces, recapitulando, los tres elementos que intervienen en qué hace uno con su libertad, con su capacidad de elección son los siguientes: Conocimiento, para saber el estado de cosas en el que nos movemos y, por lo tanto, cuáles son las circunstancias en las que vamos a tener que actuar. Imaginación, para poder proponernos alternativas de acción suficientes, entre las cuales vamos a elegir. Y luego, desarrollar esa capacidad de decir, sí quiero, o no quiero. Esa Voluntad que, en último término, es lo que nos hace activos. Esos tres elementos son las claves del funcionamiento de la libertad humana. A veces más mitigado por la rutina, por la costumbre, por lo que ustedes quieran. Pero ahí está, constantemente el compromiso de cada uno de nosotros: en el conocimiento, en la imaginación y en la voluntad o capacidad de decisión.

En todos los casos es fundamental romper el cerco de la ignorancia en la medida de lo posible. Por supuesto, todos actuamos un poco en la niebla. Tú te tiras al mar para salvar al niño que se está ahogando y nadie sabe si ese niño cuando crezca será Adolfo Hitler. Bueno, no crean ustedes que algo así es imposible. En un pequeño pueblo del país vasco se dio el caso real de una madre que iba con su niño en brazos y con otro de la mano, más o menos grandecito. Iba a cruzar una calle, cuando vino un autobús. Entonces, el niño que tenía en la mano empezó a correr y cruzó la calle solo. La madre, asustadísima, fue detrás de él a cogerle antes de que el autobús lo alcanzara. Una persona que pasaba por ahí, un joven de 23 ó 25 años se dio cuenta de que de esa manera

iban a perecer todos. Entonces, el hombre se lanzó, le quitó el bebé de las manos a la señora y, efectivamente, el autobús mató al niño que se había lanzado a cruzar y a la madre. Y el único que se salvó fue el bebé que este señor logró recoger del brazo de su madre en el último momento. Veintiún años más tarde, ese niño creció, se metió al ETA y mató al hombre que lo había salvado. Ese es un caso real que ha ocurrido en el País Vasco. Para que vean ustedes hasta qué punto uno actúa en lo desconocido. Es decir, el niño que tú salvas, puede ser tu asesino. De alguna manera, los griegos, en historias como Edipo, lo querían mostrar era eso.

Es que no sabemos lo que va a pasar. Hay que salvar al niño, aun a riesgo de que se convierta en un peligroso público y en un peligro para nosotros mismos. Quién va a dejar que el niño perezca, por no saber si es bueno o malo, o si lo será mañana o no. Es decir, actuamos en la niebla, actuamos con falta de datos, pero no tenemos más remedio que actuar, no tenemos más remedio que tomar decisiones. En eso consiste, digamos, nuestra condición, entre el conocimiento, la imaginación y el desarrollo de una voluntad de decisión. Ahí está el secreto de nuestro funcionamiento y de ahí la necesidad de educar, porque no estamos lo suficientemente preparados. Si estuviéramos programados por naturaleza, para qué vamos a educar a nadie.

Precisamente, porque no estamos programados para nada, tenemos que intentar esa programación aleatoria que es la educación. Educar es una programación tentativa de los niños para que de mayores sean lo que nosotros quisiéramos que fuesen. Ya que la naturaleza no les programa para ser sociales, para ayudar a los demás, para ser positivos, para ser armónicos, intentamos

nosotros programarles en este sentido por medio de la educación. Naturalmente, con resultados aleatorios porque está la libertad de por medio. Porque uno puede intentar enseñar, pero aprender, solo puede aprender el sujeto, el niño en cada caso, o el joven o quien sea.

Bueno, ese es un poco el planteamiento. Lo que yo quería, en este primer planteamiento que les he hecho y que trataremos de completar, es primero, precisar el sentido en el que estoy utilizando la expresión libertad: como capacidad de elegir, como necesidad, como forzosa necesidad de elegir, que no es, simplemente, la libertad en el sentido institucional, en el sentido político. Simplemente, porque la evolución nos ha diseñado de tal modo que no estamos programados del todo, que tenemos un espacio de libre disposición y que esa libre disposición, esa capacidad de elección es la que llamamos libertad. Que es nuestra condena, que es en cualquier caso, nuestra condición. Ella se mueve en el desconocimiento de toda la situación, aunque en parte lo conozcamos; en la necesidad de una imaginación que presente alternativas para las acciones que vamos a llevar a cabo; y en el desarrollo de una voluntad que opte por algo, por una cosas o por otra.

Ese es el marco dentro del cual yo quiero plantearles el tema de la libertad humana. Luego veremos las implicaciones de esta situación en nuestra historia, en nuestras instituciones. Las implicaciones que tiene esa capacidad de elegir, cuya antropología elemental les he esbozado.

Vamos a prolongar un poco las reflexiones, intentando precisar algunos aspectos o ampliar, si ustedes quieren, algunos puntos, para que quede más claro el tema que quiero compartir. Para empezar yo les recordaré un escrito del renacimiento, un escrito breve, que muchos consideran un manifiesto del humanismo renacentista, es la *Oratio de hominis dignitate* de Giovanni Pico della Mirandola. Generalmente se traduce como Discurso de la Dignidad Humana de Giovanni Pico della Mirandola, un erudito italiano que tenía grandes conocimientos para su época. Era un hombre muy joven, extraordinariamente brillante, que gozaba de un gran prestigio. Él escribió un pequeño opúsculo que se llama *Discurso de la Dignidad Humana*. Es la primera vez que la dignidad humana aparece patentada en un escrito filosófico.

Giovanni Pico della Mirandola dice que Dios crea a todos los seres que hay en el mundo y los crea con una especie de escala, que va desde los seres más elevados, que son arcángeles, hasta los inferiores y menos interesantes. En la parte inferior de la escala, Giovanni pone a la ostra. Pensaba que, peor que la ostra, no se podía decir. Entonces ubicó arriba a los querubines y en el extremo inferior, a la ostra. En medio, toda la gama de seres imaginables que hay en el mundo. Cada uno de los seres tiene, para Pico, su alveolo, diríamos en un lenguaje actual, su nicho ecológico. Es decir, está situado en su nicho ecológico y cumple las funciones que el creador ha designado para cada uno de ellos. El ser humano, en cambio, y esa es la dignidad que para Pico tiene el ser humano, no tiene un punto fijo en esa escala, puede subir o bajar. Es el único elemento libre, suelto, que hay en la escala de los seres.

Fíjense en la originalidad de Pico. Normalmente se definía al hombre por lo que era, es decir, se dice que el hombre es un animal racional, o sea, se le describe por sus aspectos positivos: como el hijo de Dios, el rey de la creación o lo que ustedes consideren. Giovanni Pico della Mirandola es el hombre que define al ser humano por lo que no es y no por lo que es. Es decir, el hombre es el ser que no consiste en nada definitivo, sino que se va haciendo con el tiempo. Muchos siglos después Giovanni, Hegel definió al hombre con una fórmula que suena casi a trabalenguas, “el hombre no es lo que es y es lo que no es”. Parece un juego de palabras, pero quiere decir algo bastante obvio: el hombre no se limita a ser únicamente aquello que figura en su tarjeta, en su rótulo profesional o en cualquier otro distintivo. Nadie es exclusivamente ingeniero o padre o bailarina de ballet o, exclusivamente, director de orquesta. Uno es eso y otras cosas más. Por lo tanto, el hombre nunca se limita a aquello que ya es. No solo somos niños o personas viejas, porque también fuimos jóvenes. Es decir, nunca puede decirse que el hombre solo es eso que tenemos delante y nada más.

Entonces, el hombre no es lo que es; pero es también lo que no es. Es decir, forman parte de él también sus sueños, sus proyectos, lo que fue, lo que quiso ser y no pudo, lo que proyecta ser y quizá algún día sea. Todo eso cuenta entre lo que el hombre es. *No lo que es*, algo limitado, cerrado, dado de una vez por todas; y es lo que no es, lo que quiere ser, sus proyectos, sus deseos, lo que elegirá ser.

De modo que, fíjense, en ambos casos se da el mismo esquema, Giovanni Pico della Mirandola dice que la mayoría de los seres son lo que son y nada más, bueno

o malo, ángeles maravillosos, en el extremo superior o la pobre ostra, en el fondo de la escala biológica; pero, en cualquier caso, ellos son lo que son y de allí no pueden salir. En cambio, los seres humanos podemos ascender por la escala hacia el querubín o bajar hacia la bestia. Podemos elegir si queremos estar más arriba o más abajo en la escala, no tenemos un punto inmóvil. El hombre, dice Pico, es un camaleón, porque cambia de color y cambia de forma, no podemos dar por hecho, nunca, que ya sabemos lo que es: ésa es su dignidad.

La originalidad de Pico, estamos hablando del comienzo del Humanismo, está en considerar la humanidad no en lo que uno es, sino en lo que todavía no es. Todos los animales son lo que son, están programados para ser lo que son, mientras que el hombre está abierto a ser otras cosas. Estamos programados para hacer cosas para las que no tenemos programa genético específico. Por lo tanto, si observamos a los chimpancés de hace mil años y los comparamos a los de hoy, veremos que las transformaciones que han sufrido son mínimas, y las pocas que han sufrido se atribuyen, probablemente, a los cambios ecológicos de los lugares en donde vivían hace mil años. En cambio, comparen ustedes lo que era el hombre hace mil años, hace mil quinientos años con el actual. ¿Por qué el gran cambio? Porque el hombre cuenta con una posibilidad de sorpresa permanente, de innovación. El ser humano evoluciona permanentemente.

Los animales evolucionan y llegan a su punto más alto de la perfección, que consiste en su adaptación al medio. No hace falta que lo ponderemos, es asombroso ver cómo su piel se mimetiza con el color del paisaje en el que se mueve, sus capacidades físicas responden a sus necesidades de alimentación, etcétera. Existe una

correspondencia evidente, que la teoría evolutiva explica, entre los animales que ha ido evolucionando a lo largo de miles y miles de años, llega a su punto de perfección. Seguramente ha costado la muerte de millones de seres que no se adaptaron bien. Pero es gracias a esos seres que no lo lograron y que desaparecieron, que los que llegaron después lograron mayor adaptación y tuvieron la descendencia que alcanzó la perfección.

El ser humano, por lo que les decía antes, ha evolucionado menos, ha quedado más abierto, mucho más disponible. El ser humano es el animal dispuesto a hacer cosas distintas, diferentes, en el lugar donde se encuentre.

Sin embargo, también ha sufrido una evolución. ¿Cuál es la evolución del ser humano? La técnica, la evolución de los instrumentos, de las herramientas, de las moradas y, sobre todo, la evolución de su herramienta por excelencia, la sociedad.

La técnica tiene muchas ventajas frente a la evolución natural. Primero, es mucho más rápida. La evolución biológica tarda millones de años en funcionar, en alcanzar la perfección. Imagínense ustedes que en el siglo pasado, en el siglo xx, se creó el 85% de todos los inventos que ha hecho la humanidad; y no les cuento nada del nuestro, que ya lleva bastantes cosas inventadas también. Es decir, en un siglo se aceleró el proceso de invención hasta el punto que la inmensa mayoría de los inventos se ha realizado en los últimos 120 años. Pero, además de velocidad, que es propio de la técnica, produce menos bajas. La aviación tiene sus víctimas y otras técnicas humanas tienen sus víctimas, pero, en general, son mucho menores que la cantidad de individuos que

deben morir para que los más adaptados se queden con el pastel. Se trata de un logro de la evolución biológica.

Además, la evolución biológica tiene otro problema y es que va produciendo órganos, va produciendo instrumentos biológicos muy buenos, muy útiles, que sirven en un contexto determinada, pero perjudican en otro. Por ejemplo, piensen ustedes en una cola prensil, en una cosa utilísima. Los jibones y otra serie de monos arborícolas trepadores tienen una cola como un miembro más y se pueden colgar de ella. Es un instrumento sumamente útil. El problema es que la cola prensil no la pueden dejar en la casa cuando ya no están en el árbol. Es decir, cuando el jibón está en tierra, la cola se convierte en un estorbo, porque es muy larga y se enreda entre las piernas. Sin embargo, el jibón no puede prescindir de ella. Si por mala suerte se encuentra en el suelo, cuando el leopardo viene a cazarle, el jibón tiene que correr por el suelo enredándose con la cola prensil. Ese instrumento que le viene tan bien cuando está en el árbol, es inútil y hasta perjudicial en tierra. Así ocurre con todos los avances evolutivos de la biología, son fijos, utilísimos en un contexto determinado, pero inútiles o incluso perjudiciales fuera de él, hasta el punto que, cuando cambian las circunstancias, ese instrumento se convierte en una pérdida.

Una técnica es todo lo contrario, una hacha de pedernal es un instrumento útil para defenderse de los enemigos o para partir nueces. Pero el hacha de pedernal, en cualquier caso, es un instrumento que se utiliza en un momento y se deja luego en casa, es un instrumento que se un momento y se deja luego en casa, si ya no lo necesitas. Todos los instrumentos técnicos tienen de bueno que sirven en un momento y luego podemos

prescindir de ellos. No es forzoso que lo llevemos encima siempre, a pesar de que normalmente todos cargamos nuestro móvil, nuestro teléfono celular o lo que requiriramos. Las cosas técnicas uno puede adoptarlas o abandonarlas. Eso es un enorme progreso, un enorme avance respecto a la evolución biológica. La evolución técnica es una evolución optativa, la utilizas, si quieres. La evolución biológica es irremediable, la tienes que utilizar o perecer.

Entonces, volviendo a nuestra idea inicial, la herramienta más útil que tienen los seres humanos es la sociedad. Evidentemente, los seres humanos somos animales sociales, pero no somos animales sociales por capricho, por gusto, por una disposición que tenemos, sino porque es irremediable. El ser humano está hecho para vivir en sociedad, no puede vivir más que en sociedad, el individualista más individualista del mundo solo es individuo cuando está entre otros individuos. Es decir, nadie es individuo entre los árboles de un bosque. Solo se es individuo entre individuos, es decir, en sociedad.

El individualismo es un producto social, un producto de la sociedad y esa condición social nos viene de que somos seres simbólicos, es decir, seres que manejamos símbolos. Ya saben ustedes que la palabra símbolo viene de una especie de ficha, de objetos circulares que se partían por la mitad y una persona guardaba una parte y otra guardaba otra parte. Cómo sucede con los cuentos, o en las narraciones donde uno guarda la mitad y el la otra mitad, hasta que encaje y se complete la pieza o el amuleto.

Los símbolos son algo que se comparte, son algo que tienes tú y tengo yo, nadie tiene un símbolo solo, no puede haber un lenguaje privado.

Como escribió Wittgenstein, no puede haber un lenguaje que solo entienda una persona, porque para que sea verdaderamente lenguaje tiene que ser símbolo compartido. Nosotros, los seres humanos, somos simbólicos y estamos siempre manejando un lenguaje que no hemos inventado. Incluso, cuando no hablamos y simplemente pensamos, estamos utilizando lenguaje. Nadie ha inventado el lenguaje que tiene, por lo tanto, todos los seres humanos, forzosamente, vivimos en sociedad, porque cuando pensamos tenemos a la sociedad, es decir, al mundo de las palabras, dentro. El que se retira al campo, el anacoreta más aislado en el desierto, sigue pensando, manejando las palabras y, por lo tanto, sigue en comunicación con la sociedad. La sociedad la llevamos dentro, no es que vivamos en ella, sino que somos la sociedad.

El planteamiento social no es arbitrario. La idea de que la sociedad está formada por átomos separados, que se reúnen para obtener ventajas unos de otros; un poco la visión ingenua de la señora Sacher, no tiene base antropológica. Los seres humanos nunca han estado separados, al contrario, se han ido individualizando en la medida en que la sociedad iba avanzando. No quiere decir que antes éramos individuos y que nos hemos reunido en la sociedad para obtener ventajas de ella, sino que antes éramos tribu y según la sociedad se ha ido sofisticando vamos desarrollando mayores cuotas de individualidad. Esto, gracias a la sociedad y a su evolución. Somos individuos, como decía Oscar Wilde:

“Toda evolución es hacia una mayor individualidad” y es el progreso de la sociedad lo que individualiza.

No partimos, naturalmente, de la individualidad, que es una cosa más sofisticada, sino que la vamos desarrollando gracias a la colectividad. Claro, el artefacto de la sociedad está hecho de numerosísimas opciones acumuladas. La técnica, cualquier técnica, un instrumento, un avión, un celular, una batidora o lo que ustedes imaginen, son opciones humanas convertidas en materia. El deseo de comunicarse, el deseo de viajar, el deseo de matar, el deseo de vivir cómodamente se condensa en los objetos que usamos que son creados por la técnica. Esas opciones de libertad se condensan en los productos que vamos haciendo para tener mayor capacidad de acción. La sociedad es el conjunto de todas nuestras opciones, de todas las elecciones que vamos haciendo. El perfil de todas esas elecciones, de todas las elecciones que vamos haciendo. El perfil de todas esas elecciones, más voluntarias, más rutinarias, etcétera, van creando el perfil de ese gran instrumento que es la gran sociedad.

Claro, ese gran instrumento, que es la sociedad, nos da una serie de posibilidades que no tendríamos si viviéramos en un marco estrictamente natural. Cualquiera de nosotros tiene más posibilidades, no solo de supervivencia, sino de diversión, de comodidad, de placer, cuando está dentro de la sociedad, que si está perdido en el medio del mar o en una isla desierta o en medio de la selva. La naturaleza no solo no nos brinda posibilidades, sino que, de alguna, se desentiende de nosotros. Somos nosotros los que tenemos que ir creando dentro de la naturaleza nuestras propias posibilidades de vida. La madre naturaleza es más bien madastra, por lo

menos, en nuestro caso. En cambio, la sociedad está pensada para nosotros, es decir, está pensada para servir a los humanos. Por lo tanto, está pensada para abrirnos posibilidades de vida, de acción, de intervención, de relación, de comunicación, etcétera.

Gracias a que la sociedad está establecida, no tenemos que estar eligiendo. Yo les decía ayer que nadie tiene que elegir desde que se levanta hasta que se acuesta, sería agotador el hecho de que toda la vida humana estuviera hecha de elecciones permanentes y que cada día tuviéramos que inventar nuestra vida por completo. Sería una vida realmente agotadora. Esta visión ha dado lugar a muchas reflexiones literarias. Por ejemplo, el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. La gracia del Robinson Crusoe es que es una persona que se encuentra en las circunstancias de tener que inventar la rutina de su vida donde no la hay. Entonces, tiene que inventar su refugio, tiene que inventar su protección, tiene que inventarse los instrumentos de los que carece. Robinson va inventando, otra vez, toda la evolución técnica y social por si solo, hasta que aparece Viernes y allí montan la sociedad entre los dos.

Lo interesante de la novela de Robinson es que vemos qué inhóspita es la naturaleza cuando estamos acostumbrados a tener todas las cosas que nos brinda la sociedad. Toda esa acumulación de opciones y de elecciones que se nos vienen dando por siglos, gracias a que la sociedad homogeniza nuestros deseos; porque, evidentemente, la sociedad se basa en lo mucho que nos parecemos los unos a los otros. Si los seres humanos fuéramos profunda e irremediamente diferentes, misteriosamente diferentes, no podríamos vivir en sociedad. La verdad, es que todos los seres humanos nos

parecemos muchísimo los unos a los otros, más de lo que nuestros folclores o nuestras ilusiones o nuestros caprichos pueden dar a entender. Precisamente, porque la sociedad crea la base dentro de la cual todos nos podemos parecer y hacer cosas rutinariamente semejantes, es que hay posibilidades de originalidad, es decir, gracias a eso, uno puede encontrar, de vez en cuando, espacios donde se pueden hacer cosas únicas, distintas.

La gente y, a veces todos, decimos “qué aburrida la rutina, todos salimos a trabajar, todos vamos a la misma hora, la vida es rutinaria”, pero gracias a eso podemos vivir juntos y, gracias a eso, podemos hacer cosas diferentes, originales. Las cosas originales se pueden hacer porque las necesarias están resueltas por la rutina. Nadie es original en un incendio, nadie es original en un terremoto. En cuanto su suspende o cotidiano, todos actuamos como ratas asustadas, no hay más remedio que hacer lo que hay que hacer. Si tú te caes de un barco al mar no es posible que te dediques a hacer cosas originales: bailar ballet o componer óperas. Nadas o te ahogas, nada más que eso, no hay más posibilidades. Es decir, la idea de que si no tuviéramos la sociedad nos las arreglaríamos por ser infinitamente originales, es falsa, contraria a la realidad. Gracias a que la sociedad nos resuelve los problemas básicos y nos ofrece, por ejemplo, transporte para ir de un lugar a otro, un trabajo, una protección o aimento conseguido en la tienda de la esquina y no teniendo que ir a cazarlo a la selva, gracias a que nos dispensa de todos esos trabajos, podemos dedicarnos a lo original. El que tiene que buscar lo necesario no tiene tiempo para la originalidad.

Robinson intenta acordarse de cómo vivía en la sociedad y volver a reproducir eso en su isla porque es lo

que necesita. Hasta que no tiene todo bien resuelto, no se puede dedicar a la originalidad. La originalidad es un lujo, que solo se da cuando las elecciones necesarias ya han sido hechas. Por lo tanto, es algo que se nos da por añadidura, cuando ya hemos resuelto todas las rutinas de la cotidianidad. La sociedad nos brinda la posibilidad de que esas rutinas sean satisfechas. En su momento, hablabámos de la capacidad de elegir y decíamos que, efectivamente, los seres humanos tenemos la capacidad y la necesidad de elegir, pero la sociedad nos brinda una serie de posibilidades de elección mucho mayores de las que tendríamos perdidos en la naturaleza o en fórmulas más primitivas de sociedad.

Por ejemplo, supongamos que Mozart hubiera nacido en Centro África, en su mismo tiempo, pero en Centro África. Probablemente hubiera sido una persona con una serie de dotes extraordinarias en cualquier tribu africana, pero es seguro que no hubiera compuesto ópera barroca; porque la ópera barroca exigía un contexto, una sociedad, unos medios técnicos, un gusto estético que la propiciara. Entonces para componer, *Così fan tutte*, hace falta ser Mozart, pero, además, vivir bajo las condiciones en que Mozart vivía. Ese contexto es tan importante, que sin él no habría Mozart. Sin ese contexto social no hay posibilidad de que se desarrollen dotes extraordinarias y singulares. Por lo tanto, esto debería hacernos reflexionar sobre la individualidad y en qué consiste verdaderamente. No solo en el caso del arte, de los talentos, sino también en el caso de la riqueza. Aunque alguien se haga rico, gracias a su capacidad emprendedora o su habilidad para los negocios, toda riqueza es social. Nadie se hace rico más que porque vive en una sociedad y, por lo tanto, no es ilógico decir que toda riqueza genera una responsabilidad social, porque nadie se hubiera hecho

rico sino hubiera vivido en ese contexto de la sociedad que le enriquece o que le da la posibilidad de enriquecimiento.

Es la sociedad la que nos da la posibilidad del arte, de la riqueza; es la sociedad el artefacto técnico que nos permite desarrollar nuestra originalidad y nuestra capacidad de elección. De ahí que nuestras elecciones más sensatas deban ir orientadas a crear una sociedad mejor, es decir, una sociedad en la que tengamos más capacidad de elección, en la que podamos estar más lejos de la necesidad o de la presión de la necesidad. Con una visión darwinista, se describe, a veces, a la sociedad, como una especie de mundo natural. Este enfoque pierde de vista aquello precisamente para lo que la sociedad ha sido inventada y desarrollada: para alejarnos de la vida natural.

La vida naturales necesidad y azar; la vida social debe ser libertad y solidaridad. Libertad, porque se trata de opciones individuales; solidaridad, porque sabemos que nadie logra desarrollar su libertad más que con el apoyo de la sociedad en la que se desenvuelve. Por lo tanto, el espacio racional de la libertad, el espacio donde mejor podemos comprender y entender la capacidad de elegir es, precisamente, en el ámbito de la sociedad; no el ámbito de la opción individual. Podemos estudiar aisladamente, artificialmente, las opciones humanas, las opciones económicas, las opciones eróticas, como si no existiera la sociedad, pero sabemos que, en el fondo, eso es un juego mental, porque todas las opciones se dan dentro de un contexto social que les da sentido. Por lo tanto, cualquier desarrollo verdadero de la libertad tiene que empezar por querer transformar la sociedad en algo mejor, ese es el único amor a la libertad comprensible,

puesto que el hombre es tanto más libre cuando vive en una sociedad que le dispensa de la necesidad y le abre posibilidades que no tendría en la naturaleza. Todos los amantes de la libertad, lo primero que tienen que hacer es luchar porque exista una sociedad mejor dentro de la cual se puedan sentir bien. El progreso de la sociedad es el progreso de la libertad humana. Lo que da sentido a la libertad es lo que acaba con los dos enemigos fundamentales de la toda libertad humana, y, por extensión, de la democracia y de la vida en sociedad; estis son la miseria y la ignorancia.

Los antiguos, los medievales, hablaban de dos tipos de libertad: la *Libertad a coactione* y la *Libertas a miseria*. Es decir, la libertad que nos libera de la coacción injusta, del tirano que se arroga del derecho de darnos órdenes sin que nosotros le hayamos elegido ni autorizado para ello, y la libertad que nos libera de la miseria, que nos libera de las carencias esenciales que nos dejan obligados a buscar los *ítems* zoológicos de la vida. Si uno no tiene más que atender al lado zoológico de su vida, es difícil que atienda su lado humanista y libre del que hablara Pico della Mirandola. Por lo tanto, la ignorancia nos priva del conocimiento del poder humano, nos priva la posibilidad de utilizar las técnicas humanas, incluida insisto, la técnica política, la técnica social.

Cuando hablamos de que hay que aprender a manejar los instrumentos técnicos, el primer instrumento técnico que debemos aprender a manejar es la democracia, que es la gran técnica gracias a la cual podemos tener capacidades de libertad mayores. Entonces, el ignorante no puede utilizar realmente el sistema democrático. Por lo tanto, está condenado. Está condenado de alguna forma a vivir una vida más próxima

a la rutina, a la repetición, a la ausencia de cualquier dimensión de originalidad. Lo mismo que cuando estamos abandonados en una isla desierta o nos caemos al mar o un incendio nos priva de todos nuestros bienes. Estas situaciones nos llevan otra vez a buscar lo elemental, lo básico. Cuando lo volvamos a tener seguro, pensaremos, de nuevo si queremos ser originales o no.

De modo que, tenemos que plantear, primero, la dimensión de la libertad. Es decir, no la dimensión de la libertad retórica o enfática, sino la dimensión de la libertad como la capacidad, la necesidad de elegir ese nivel evolutivo que nos convierte a los seres humanos en electores permanentes. Tenemos que estar permanentemente eligiendo y, para elegir, tenemos que informarnos, tenemos que conocer. Piensen ustedes en la influencia que ha tenido el conocimiento por vía de la televisión de formas de vida distintas mediante las migraciones. El ser humano siempre ha sido emigrante y no solamente por necesidad. Lo hace también por curiosidad, por gusto, por capricho, por ambición, por deseo de novedades. No hay seres humanos, no hay colectividades humanas, que no hayan sentido el deseo de salir y buscar otras cosas. Esos que nos cuentan que siempre han estado en el mismo sitio, mala señal. El que está siempre en el mismo sitio, como esperando un autobús histórico que nunca pasa, no es una buena señal. Precisamente, una buena señal es el que se va. Por eso toda esta tontería de las raíces. Decía Steiner, que los seres humanos no tenemos raíces, sino piernas; por eso nos echamos a andar. Es decir, el que tiene raíces, tiene vocación de geranio y no de persona.

Entonces, los verdaderos humanos, lo que hacemos, es movernos. Irnos cuando nos aburren, cuando nos

fastidian las cosas. Y mucho de ello se logra gracias a lo que vemos por televisión. En Europa, por ejemplo, están más o menos alarmados, sobre todo, en España, que es el camino por donde llegan los saharianos. Pero, bueno, ¿cómo llega esta gente? Esta gente siempre estuvo ahí y siempre tuvo una gran diferencia de renta *per cápita* en Europa. Pero ahora lo saben. Ahora saben que se puede vivir como se vive en París, en Berlín o en Madrid y van a ver qué pueden hacer ellos ahí. El conocimiento, la oferta de otros tipos de vida, inmediatamente atrae a los seres humanos a unos lugares o a otros.

La libertad es esa necesidad de elegir y también es esa vocación que tenemos de vagabundear, de cambiar, de transformar, de innovar. Puesto que no tenemos un programa fijo, ¿por qué no hacerlo de otro modo? Puesto que la genética no nos determina obligatoriamente a que tengamos un tipo de casa, un tipo de alimentación, un tipo de hábitat, por qué no buscar otro. Esa necesidad lleva al desarrollo técnico. La técnica es la objetivación material de nuestras elecciones. Cada objeto técnico materializa el deseo de comunicar, de viajar, de cocinar o de lo sea objetivar. Y la mayor objetivación material de nuestros deseos es la sociedad. La sociedad no es simplemente que personas completas, determinadas, hechas, digan “hombre, vamos a reunirnos por aquí”. La sociedad es el lugar de donde van surgiendo los individuos, los deseos. Es el elemento esencial a partir del cual se desarrollan las libertades humanas, como capacidades con futuro, con objetivos. No simplemente como capacidades para luchar contra la necesidad entendida como la urgencia material más inmediata.

Yo creo que, al hablar de la libertad, deberíamos acostumbrarnos a decir que, efectivamente, los seres

humanos nos definimos por la libertad. Pero también decir que nos quita la libertad el que nos da órdenes injustas y también el que trama o establece formas de convivencia social que condenan a gran parte de los semejantes a la ignorancia o a la miseria. Es decir, la potencia que da. Nada, decía Spinoza, nada es más útil para un ser humano que otro ser humano. Nada es tan útil para un ser humano que entiende en qué consiste la riqueza humana. No es la posesión de objetos o la posesión de riquezas. Es la proximidad de otros seres humanos. Porque nosotros no somos objetos y, por lo tanto, ningún objeto puede contentarnos. A alguien que es sujeto solo puede contentarle otro sujeto. Creer que la acumulación de objetos, o la acumulación de piezas, de materiales concretas, por útiles o eficientes que fueran, pueden satisfacer nuestro deseo de reconocimiento, es absurdo. Solamente otros sujetos, desarrollados también con esta misma libertad frágil e irreplicable que nos caracteriza, solo eso puede de alguna forma servir de contrapelo a nuestra libertad.

Bueno, yo he intentado transmitirles esta idea de libertad, insisto, al margen de las libertades institucionales, políticas, sociales habituales. Más bien, cómo desde la antropología de la libertad llegamos a la política de la libertad, que es un camino. No partamos de los planteamientos políticos, sino veamos cómo desde la antropología que nos constituye, podemos llegar hasta esta política o institución de la libertad.

Recientes publicaciones de Editorial UPC

2018

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas – ANDA
*Mejores prácticas de marketing en el Perú. Una
selección de casos finalistas del Premio ANDA 2018*

Yalán Dongo, Eduardo
*Semiótica del consumo. Una aproximación a la
publicidad desde sus signos*

Thomas, Patricia A; Kern, David E.; Hughes, Mark T.y
Chen, Belinda Y.
*Desarrollo curricular para la educación médica. Un
enfoque de seis pasos*

Vega, Gina
*Cómo redactar casos de estudio instruccionales. Taller
Autoguiado*

Cantuarias de las Casas, Alonso
El Veco. El hombre que jugaba a contar historias

Remy, Paul
*50 autopsias de crisis ¿Por qué el manejo mata más que
el problema?*

Cornejo, Carlos
*Negocio inmobiliario. Planeamiento y gestión de
proyectos*

Rodríguez, José Arturo
*Héroes del 81. El camino invicto de la selección peruana
hacia el mundial de España 82*

Pulgar Vidal, Jaime

De golpes y goles. Los políticos y la selección peruana de fútbol (1911-1939)

Mangelinckx, Jérôme y Parrilla, Milagros Nataly

Mujeres y delitos de drogas en el Perú. Protocolo de atención a mujeres vinculadas a casos por tráfico de drogas

Herz, Jeannette

Apuntes de contabilidad financiera. Tercera edición

Maguiña Pardo, Ricardo y Arias Ureta, Piero

Alertas para cuidar la reputación de tu marca. Una selección de casos analizados por CONAR

Krajnik, Franz

Uchuraccay

Encuentre más publicaciones de Editorial UPC,
en versión impresa y digital, ingresando a:
editorial.upc.edu.pe

Visite la página de Facebook Editorial UPC:

www.facebook.com/editorialUPC